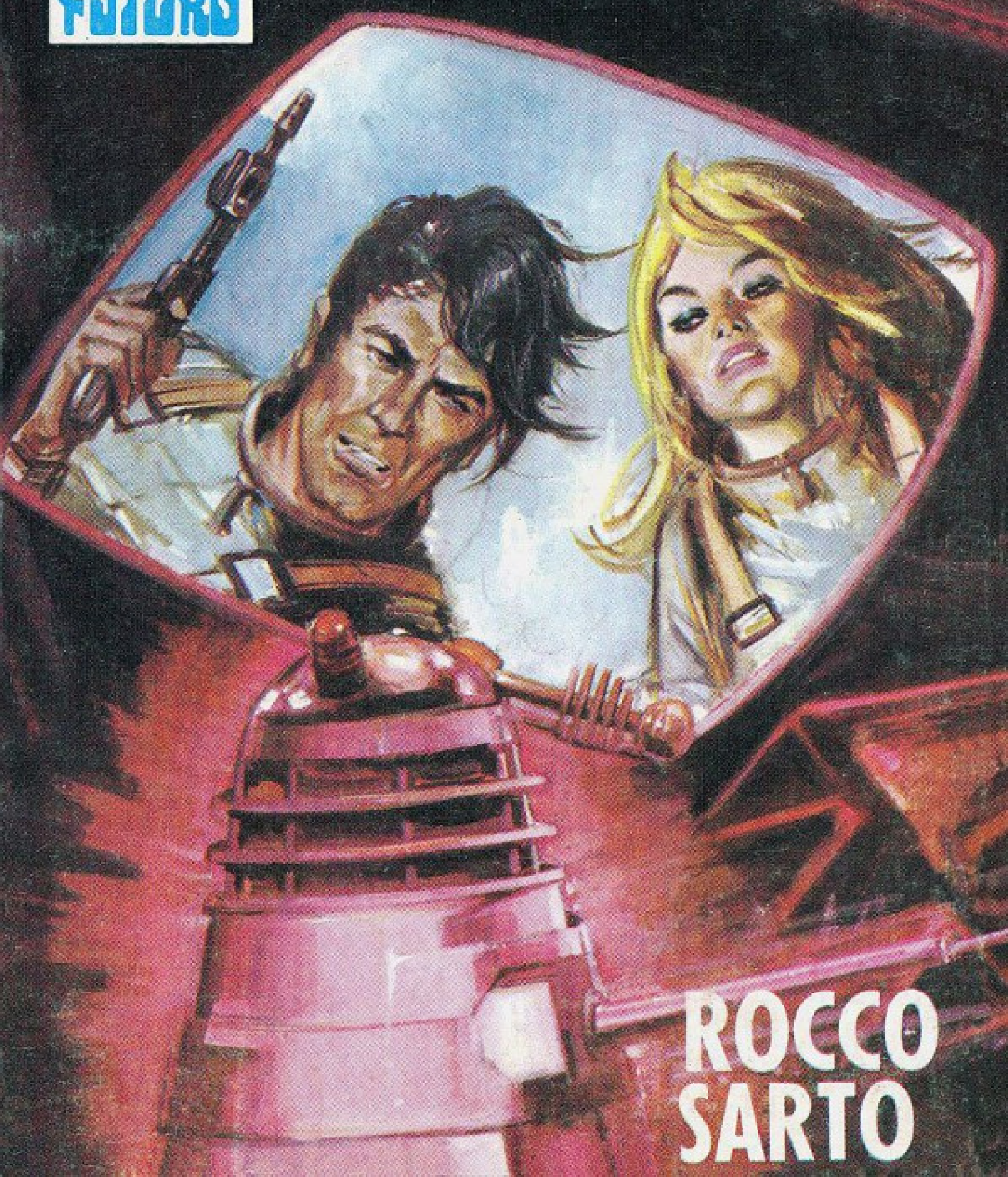
BRUGUERA

BOLSILIBROS

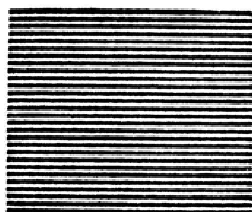
HEROES ESPACIO

FUTURO

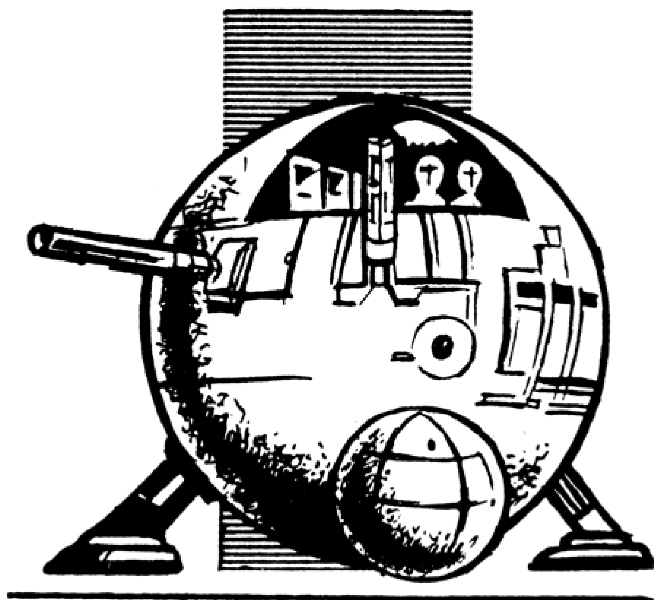
EL DEFENSOR ANONIMO



ROCCO SARTO



héroes del ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

191 — Zoocosmos, *Lou Corrigan*
192 — Cuando los dioses mueran..., *Lem Ryan*
193 — Criaturas de lo imposible, *Law Space*
194 — La astronave fantasma, *Joseph Berna*
195 — Pánico en las estrellas, *Curtís Garland*

ROCCO SARTO

El defensor anónimo

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 196
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 40.318 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en España: enero, 1984
1ª edición en América: julio, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Eh, Charly!

Me volví fastidiado.

—¿Qué ocurre ahora?

—Escucha esto y échate a temblar: «En los últimos seis meses se han producido más desapariciones extrañas que las acontecidas en lo que va de siglo…» —leyó Rod—. ¿Qué te parece?

—¿De qué diablos estás hablando, chico listo?

—Charly, debes estar enfermo. Estoy hablando de las declaraciones de ese profesor que apareció…

—Déjate de cháchara, tengo que acabar un maldito artículo y siento los dedos cargados de trinitrotolueno —le interrumpí.

—¿Sabes qué es lo que pasa por tu cabeza de busto romano?

—No, pero apuesto a que tú me lo dirás —repliqué con resignación.

Cuando Rod tiene ganas de charlar es imposible evitarlo. Su afán de comunicación le sobreviene por oleadas y durante cada periodo se convierte en un individuo ansioso, lleno de frases, inquieto, con la mirada destellante y el cuerpo estremecido por una energía que le gustaría poder controlar y, por tanto, dirigir hacia derroteros menos inútiles.

—Ese sujeto, el profesor Coogan, el que apareció muerto de un modo extraño hace una semana. ¿Recuerdas el caso?

—No…

—Pues deberías recordarlo porque en principio correspondía a tu sección.

En esta ocasión levanté mi cabeza, arranqué los ojos de la hoja que tenía en la máquina de escribir y me dije, una vez más, que lo mejor que podía hacer era prestar atención a Rod hasta que su ataque verborrágico se agotara en sí mismo.

—¿Quién es el profesor Coogan?

—Un entendido en cuestiones extrañas —replicó sin sonreír.

—¿Qué clase de cuestiones?

—Ya sabes… se ocupaba de todos los fenómenos poco… comprensibles que ocurrían en el mundo. Era un tipo de mucho dinero y gastaba su fortuna en seguir la pista de cuanto dato insólito

apareciera en…

—En todo el mundo —le corté.

—Sí, eso es.

—Ahora le recuerdo, Rod. Un individuo con una barba bien recortada y ojos pertrechados bajo unas cejas negras muy pobladas. Parecía un hipnotizador de feria vestido como un dandy de principios de siglo.

—Déjate de tonterías, era un tipo serio —dijo Rod, con una controlada irritación.

—¿Cómo murió? —pregunté.

—No se sabe.

Confieso que Rod conseguía ponerme nervioso. Su táctica consistía en que yo, o cualquier otra víctima que se hallara en la redacción del *Newspaper* cuando él padecía un ataque de comunicación total, dejara de ocuparse de lo que estaba haciendo para prestarle atención. Cuando lo conseguía cambiaba de plan de batalla y comenzaba a aplicar lo que yo denominaba su tendencia al retaceo. Replicaba con preguntas, o no daba respuestas inmediatas, sino que creaba un cierto clima de misterio, de sorpresa, como si se alimentara de aquellas minúsculas obras teatrales que ideaba de vez en vez.

—Escúchame, estoy harto de tus puestas en escena. ¿Quieres hablar de ese profesor esotérico? Estupendo, estoy dispuesto a dejar de escribir mi artículo durante cinco minutos y sostener una discusión con el Gran Jefe porque siempre llego tarde a la segunda edición, pero por lo que más quieras, hijito, no me hables como si yo hubiese pagado una entrada para presenciar la octava maravilla.

Rod, por supuesto, hizo caso omiso a mi perorata.

—El caso es que le hallaron muerto en su automóvil, en la playa, mirando hacia el este.

—¿Mirando hacia el este?

—Hacia el este —repitió Rod, sin pestañear, mordiendo ligeramente el extremo de un lápiz y atisbando por entre sus gafas bifocales.

Fue el momento que eligió Barbara para entrar en el pequeño despacho que compartíamos con Rod a aquella hora de la tarde.

—No me digáis nada. Rod tiene una alucinación —bromeó.

—Está intentando explicarme lo que ocurrió con un tal Coogan —

le anuncié.

—Un caso extraño, verdaderamente incomprensible —murmuró Barbara, cambiando su expresión divertida por un gesto súbitamente reconcentrado.

—¿Por qué no me he enterado, entonces? —pregunté, sorprendido.

—Porque estabas cubriendo ese estúpido curso de supervivencia en el desierto —dijo Barbara.

—Mírame, encanto. Dime si no tengo un aspecto glorioso. He adelgazado cuatro kilos, aprendido a cocinar bistecs de serpiente y a beber sangre de cactus.

—Leche de cactus —corrigió Barbara.

—Tenía la piel color ceniza y los ojos muy abiertos —dijo entonces Rod, indiferente al diálogo que manteníamos la muchacha y yo—. Había algo patético en el cadáver bajo la luz de la luna. Resultaba estremecedor.

—¿Cómo murió? —pregunté por segunda vez.

—Le rompieron el cuello —dijo Barbara.

—¡Nada de eso! —estalló Rod—. Le habían abierto el cuello por detrás, en la base de la nuca y...

—¿Y...? —pregunté.

—Y nada. Tenía una incisión de cinco milímetros de longitud por dos de profundidad de la que no había manado ni una sola gota de sangre —dijo Rod.

Barbara encendió un cigarrillo y observó a Rod con seriedad.

—El médico forense certificó que había muerto de un ataque cardiaco —dijo Rod—, pero no era verdad. Se llevaron el cadáver de la morgue municipal y lo incineraron.

—¿Quién se llevó el cadáver? —inquirí perdiendo interés por el tema.

—Funcionarios del gobierno. Se llevaron el cuerpo del profesor Coogan para hacer desaparecer las huellas.

—Rod, déjate de tonterías —le previno Barbara.

—Sí, tonterías. He estado haciendo algunas averiguaciones por mi cuenta. En mi tiempo libre. Y he sabido algo muy interesante. ¿Queréis saber de qué se trata?

—Desde luego, Rod. De lo contrario no nos dejarás trabajar en lo nuestro —le espeté con condescendencia.

—Bien. Coogan estaba indagando aquí, en Florida, acerca de unas misteriosas actividades.

—¡Por Dios, Roddy! —estalló Barbara—. Déjate de pamplinas. Yo te diré qué fue lo que hizo ese tal Coogan. Llegó a Florida precedido por su fama de investigador de fenómenos paranormales y comenzó a dar rienda suelta a su fantasía. Habló de misteriosas desapariciones, de una serie de hechos poco publicitados y ciertamente curiosos y…

—¿Curiosos? Debes haberte vuelto loca, Barbara —la interrumpió Rod—. Coogan tenía un archivo fantástico. Un archivo que desapareció junto con su cadáver.

—¿Qué piensas tú del asunto, muchacho?

—Creo que a Coogan le liquidaron porque estaba acercándose demasiado al sitio que no debía. He revisado los archivos del *Newspaper* y hay una serie de desapariciones que no han tenido explicación. Todas ellas localizadas en un área concreta y…

—Rod, déjame que te diga algo: ¿sabes cuántas personas desaparecen en los Estados Unidos sin dejar el menor rastro?

—Sí, lo sé —admitió Rod y, repentinamente, percibí algo que me dejó verdaderamente perplejo. Rod ajustó sus gafas bifocales, dejó de mordisquear el lápiz y se dispuso a continuar con el artículo que llevaba entre manos.

—Eso está mejor, pequeño —sonrió Barbara, pasándole una mano por los cabellos ensortijados—, olvida los misterios insondables del profesor Coogan y procura ser feliz. La vida es demasiado corta.

Miré a la muchacha. Era joven y bella. No era hermosa, pero tenía un rostro agradable y un cuerpo sinuoso y sensual que parecía danzar bajo la minifalda y la camiseta escotada.

—¿Qué haces esta noche para aprovechar tu vida, Barbara? —le pregunté.

—Eso amigo mío es algo que sólo unos pocos privilegiados conocerán de mi —se carcajeó, saliendo del despacho.

Miré a Rod.

—Ahora que se ha marchado me gustaría saber en qué piensas.

—Es un tema muy delicado, Charly. Verás, he leído algunas cosas sobre el tema. Nada muy profundo, sólo noticias. Un OVNI atraviesa Colorado y es visto por cien mil personas, un buque desaparece en el Triángulo de las Bermudas, un camionero que se dirige a Galveston

es hallado en la carretera que lleva a Niagara Falls; en fin, ya conoces el paño... ¿no es así?

—Lo conozco.

—Y entonces, un día, cae en mis manos un artículo de Coogan y algo se modifica en mi cabeza. Coogan no habla de cosas convencionales, sino que plantea una posibilidad concreta.

—¿Qué clase de posibilidad?

Rod se miró las uñas de los dedos y luego las palmas de las manos. Se quitó las gafas, las limpió con el faldón de la camisa y, antes de colocárselas nuevamente, se pasó la lengua por los dientes.

Cuando respondió a mi pregunta ya no se sentía vulnerable por el contenido de sus propias palabras.

—La posibilidad de que estemos siendo infiltrados por seres de otro mundo —dijo con naturalidad.

No supe si echarme a reír o compadecer a mi amigo. No hice ninguna de las dos cosas, sino que me limité a mirarlo inexpresivamente.

—Dilo Charly.

—Está bien: no creo una sola palabra de lo que dicen esos profesores.

—Yo tampoco lo creía.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—La muerte de Coogan.

—¿Por qué?

—Porque no fue una muerte natural.

—¿Cómo diablos sabes eso?

—Porque...

—Vamos, escúpelo de una maldita vez.

—Porque Coogan murió inesperadamente, porque se llevaron su cuerpo, porque el modo en que murió no está nada claro y también porque creo que tenía alguna razón cuando nos advertía de que algo estaba sucediendo en ciertas áreas muy concretas. Por ejemplo aquí mismo, en Miami.

—De acuerdo, los marcianos llegaron a nuestro parque de atracciones.

Rod sonrió con tristeza. Jamás lo había visto tan endemoniadamente amargado.

—¿Lo ves? La labor de los tipos como Coogan debe ser una de las

más solitarias del mundo.

—Cada loco con su tema —dije, implacable.

—¿Por qué un hombre que ha sido cirujano famoso, que ha heredado una fortuna incalculable y que tiene una vida feliz abandonaría todo y gastaría su propio dinero en indagar ese tipo de... locuras?

—Cualquiera sabe qué es lo que ocurre en la mente de un individuo como Coogan. Hay tipos que son excelentes padres de familia y que el día de las bodas de plata deciden cambiar de sexo y lo anuncian ante la mirada desencajada de toda la progenie.

—No te burles, Charly. Por favor, no te burles.

Se puso en pie y cogió su cazadora blanca, de tela impermeable.

—¿Ya te marchas?

—Sí, tengo algo que hacer.

—Si me esperas cinco minutos te acompaño.

—No, gracias. Iré andando.

—¿Adonde?

—Tengo que hacer.

—¿Te he ofendido? —pregunté, más divertido que preocupado.

—No. No te preocupes, Charly.

Salió del despacho y me sentí como un estúpido.

Conocía a Rod desde hacía cinco años. Había llegado de la costa oeste y venía precedido por un cierto aura de tipo informal, dúctil, inteligente, lleno de ideas oportunas y con un estilo literario que hacía sonreír incluso a las propias víctimas de su pluma. Era un muchacho grande, de poco más de treinta años, diez menos que yo, y con un cuerpo que tendía a una gordura generalizada que Rod conseguía combatir con un régimen de pajarillo.

Apreciaba a Rod. De vez en vez comíamos juntos y hablábamos de cine. En alguna ocasión procuré, sin éxito, presentarle una muchacha y arrastrarle a un fin de semana diferente. Al menos, diferente para él, que parecía sumido en una soledad cómoda y creativa. Tenía proyectos, muchos proyectos; y, también, una enorme capacidad de trabajo para dar forma a todos y cada uno de sus planes.

Sí, apreciaba enormemente a Rod Martin porque era un individuo bueno, capaz y lleno de entusiasmo. Un espécimen difícil de encontrar en una época en que la sonrisa de los dueños del mundo

apesta.

Barbara entró en ese momento con una mueca extraña en sus labios provocadores.

—¿Dónde está el presidente del club de admiradores de Coogan?

—Salió.

—Una pena —murmuró, encendiendo un cigarrillo.

—¿A qué te refieres?

—Ese chico es inteligente.

—Vamos, nena, di lo que tienes detrás de tus pupilas lúbricas.

Se pasó una gran lengua jugosa por los labios y sonrió.

—Tú y yo tendríamos que vernos con más frecuencia fuera del periódico.

—No soy buen candidato. Barbara.

—Deja que sea yo quien lo decida.

—¿Para qué deseabas ver a Roddy?

—Me pidió que le informara de los télex referidos al tema Coogan.

—¿Y bien?

—¿Eres su secretario particular?

—¿Has recibido algo?

—Sí.

—¿Qué es?

—Un tal doctor Ferrys, de Irlanda, se quejó a las autoridades de Florida por la rapidez con que se deshicieron del cuerpo de Coogan. El tal Ferrys fue candidato al Nobel hace dos años por su estudio de… bueno no lo recuerdo. Pero es un personaje en el mundo científico.

—¿Por qué se quejó?

—Porque es un asiduo lector de todo cuanto Coogan escribía acerca de su teoría de la presencia de… seres agresivos, provenientes de otro mundo, dentro de nuestra sociedad maravillosa.

—No crees nada de ello, ¿verdad, princesa?

—Hay cosas en este mundo que, a mi modo de ver, resultan más apremiantes que buscar amenazas extra-terrestres. ¿No lo crees?

—Sí, creo que tienes razón. Pero también es cierto que hay gentes para todo y Roddy no hace mal a nadie.

—Te dejo aquí el télex, cuando lo veas puedes darle mis respetos —dijo sarcásticamente.

—Sé buena chica y lárgate —dije, impostando mi voz hasta conseguir el estilo de Alan Ladd.

—¿No deseas probarme todo lo malo que eres, encanto? —ahora su tipo era el de Lauren Bacall en *Tener y no tener*.

Decidí olvidarla.

—Esfúmate, vampiresa.

—Otra vez será, pimpollo —se carcajeó, alejándose como la vedette principal ante una audiencia de jeques.

Cogí el trozo de papel y le eché una ojeada. Era sólo una noticia más y la dejé sobre la mesa dispuesto a acabar con mi artículo.

Tecleé durante diez minutos y saqué la cuartilla de la máquina. El trozo de papel del télex continuaba allí, como un extraño llamado. Lo cogí y lo releí.

Busqué en mi agenda el número telefónico de Rod Martin y decidí llamarle inmediatamente. Me sentía algo culpable por el modo gratuito en que me había burlado de él.

El teléfono sonó varias veces y estaba a punto de colgar el auricular cuando una voz pastosa se dejó escuchar desde el otro extremo del hilo.

—¿Diga?

—Deseo hablar con el señor Rod Martin, por favor.

—Martin se ha marchado —dijo la voz.

Era una mujer a la que podía imaginarme gorda, avejentada, harta de la vida que había llevado en los últimos años y con un trozo de pastel de grosellas pegado al paladar de la dentadura postiza.

—¿Qué quiere decir con eso de que se ha marchado?

—¿Está usted borracho o qué? Quiero decir que pagó el alquiler, recogió sus cosas y se largó del apartamento.

—¿Ha dejado alguna dirección?

—No.

—¿Está usted segura?

—Llame al *Newspaper*, allí es donde trabaja. Es posible que le den sus nuevas señas.

Y cortó la comunicación.

Dejé el artículo que había escrito en la mesa del jefe de redacción que estaba ausente y con el télex en el bolsillo de mi cazadora fue hasta el cuartucho de Hugues.

Hugues es el encargado de las cuestiones del personal. Cuando

abrí la puerta comía un emparedado y mojaba los bocados con cortos tragos de cerveza negra. Era un tipo gordo, de rostro siempre barbado y con unos ojillos burlones que daban la impresión de conocer los secretos más vergonzosos del interlocutor.

Yo tenía secretos pecadores, pero no me avergonzaba de ellos, de modo que Hugues y yo nos tratábamos de igual a igual y sus miradas no me hacían mella.

—¿Qué deseas, Charly? ¿El teléfono de la nueva telefonista vespertina?

—¿Qué tal está la muñeca?

—17 puntos sobre 20.

Ese era su lenguaje habitual, puntajes y medidas.

—Otro día, ahora quiero saber si Roddy te ha dejado sus señas nuevas.

—¿Es que se ha mudado?

—Eso me han dicho.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—Aguarda un instante.

Llamó por teléfono y adiviné la voz pastosa del otro lado. Habló con rapidez y tono perentorio durante un minuto y luego se despidió de la vieja de malas pulgas.

—Hace ya diez días que se marchó. Maldito muchacho, tendría que haberme prevenido. Son las normas de la empresa.

—Olvídate de las normas. Ya hablaré con él cuando le vea.

—¿Cuándo será eso?

—Mañana por la mañana. Ahora me largo.

—Periodistas... ¡Bah! Sois todos una pandilla de chapuceros con gelatina en lugar de cerebro.

—Cuídate, Hugues. Eres gordo, tonto y poco amable, pero todos te queremos bien.

Salí del edificio blanco del *Newspaper* con una cierta opresión en el pecho.

La odisea que adivinaba en la vida solitaria de Coogan, el súbito interés de Roddy por el tema, su inesperado cambio de domicilio y, fundamentalmente, su intento por hacerme participar con seriedad de su obsesión por la teoría de Coogan, se instalaron en ese paraje yermo que es mi ánimo cuando dejo el periódico.

Pensé entonces que no estaría de más leer algo acerca del tema y, además, podría acercarme hasta el *Pettibody*, un restaurante con apariencia de junco donde dos ancianas japonesas servían delicados platos que hacían las delicias de Roddy.

Mi amigo no estaba allí, pero una de las ancianas me informó que, al igual que cada día desde hacía casi dos semanas, Roddy había pasado a recoger su comida preparada.

—¿Por qué ha dejado de cenar en el *Pettibody*? —pregunté.

La anciana me miró con dulzura, sin pestañear, y dejando de lado su imperturbable discreción, replicó:

—Porque algo le ha ocurrido a ese muchacho. Está desconsolado.

No pude conseguir que la mujer me explicara el porqué de aquella calificación de Roddy, de modo que salí del restaurante más confundido y, sorprendentemente, con una sensación de enorme urgencia por hallarle.

Los hechos probarían muy pronto que aquella sensación de inquietud que llevaba prendida del alma no era una simple hipocondría.

CAPÍTULO II

Miami es una hermosa ciudad incluso cuando uno está preocupado y siente que tal vez cometió un error al no darle de comer a aquella paloma o al no regalarle diez minutos a un compañero. Y Roddy se merecía más que diez minutos. El problema es que casi nunca acertamos con el tiempo y acostumbramos a perderlo lastimosamente en lugares equivocados y con personas que viven con una piedra en el corazón.

Las palabras de la anciana nipona habían tenido sobre mí el efecto de una profecía de oráculo y una creciente desazón me invadió mientras repasaba mentalmente todos los lugares donde podía encontrar a Roddy a esa hora.

No soy muy propenso a los pájaros agoreros ni a la música fúnebre pero había hechos concretos que merecían, al menos, un análisis objetivo y una respuesta que estuviese más cerca de mis zapatos que de una nave extraterrestre posada en el paseo marítimo.

Tenía que encontrar a Roddy. Ahora necesitaba sus respuestas y, por alguna extraña razón, sentía que el tiempo había comenzado a jugar en el campo contrario.

Cuando comienza a caer la tarde, la ciudad se convierte en un paisaje donde cada uno puede disfrutar —o padecer—, según su propia capacidad, su propia imaginería y, también, su propia consciencia del fracaso, En mi caso, el recorrido desde Fort Lauderdale hasta Key West constituye el paisaje ideal. Se puede aspirar el aroma del océano, del perfume de las damas que bajan del norte en busca del sol eterno, de los cosméticos delicados de las jovencitas adoradoras del yodo y las olas; se puede mirar hacia el este, hacia Miami Beach y más allá, hacia la abierta manopla del mar gigantesco; se puede mirar hacia el oeste y el sur, en la dirección de los Everglades y descubrir en las tierras pantanosas, siniestras y húmedas los mil rostros de la ponzoña; y, entre otras cosas más o menos dispares, se puede hallar frontalmente el poder del dólar en los territorios vedados de los ilustres depositarios del *establishment*.

¿Cómo podía un chico como Rod Martin despreocuparse de toda esa escenografía múltiple de Miami para arrojarse de cabeza dentro de una teoría descabellada?

La única respuesta estaba dentro de los parietales de Roddy y me dispuse a dar con él durante ese fin de semana que se aproximaba a pasos agigantados.

Fui hasta mi casa; dos dormitorios, un salón-comedor, cocina y cuarto de baño, construida por mi abuelo y resistente al viento del océano, las oleadas de turistas y el continuo fusilamiento de la arena durante los meses menos benévolos. Caminé junto al mar hasta los suburbios y luego, a medida en que el sol se hundía tras el horizonte, por el arcén que flanqueaba la carretera que se dirigía al sur.

La inquietud que sentía por Roddy era ilógica. Podía hallarse en cualquier sitio gozando de una copa, de una mujer que yo no podía adivinar o, sencillamente, de una cena temprana con sus fantasías prendidas del tenedor.

Esta teoría, no obstante, tenía un inconveniente. Rod se había mudado y no había dejado sus señas en el periódico; la anciana nipona le había notado «desolado» y yo mismo había detectado en él un estado de ánimo distinto. Continuaba con sus arranques verborrágicos, llenos de animación y entusiasmo, pero la conducta que había sumido al marcharse sin más de la redacción no era propia de él.

A medida que avanzaba hacia mi casa, me sentía más y más responsable; estúpidamente responsable por la desolación de Roddy.

Miré un momento la línea pálida de la rompiente y luego entré en el salón. Abrí las ventanas, me serví un trago de whisky y me encerré en el cuarto de baño. Una ducha fría animó mis neuronas deprimidas y el alcohol contribuyó al renacimiento de mi capacidad de raciocinio.

Me vestí con zapatillas livianas, un tejano blanco y una camisa chillona que, supuestamente, alejaría a cualquier extraterrestre que se animara a detectarme con las antenas de su testuz.

En cuanto pensé en el extraterrestre verde y de aspecto microbiano me sentí nuevamente culpable. No podía asumir con seriedad la fascinación de Rod.

Saqué la vieja *Vespa* del cobertizo que yo mismo había construido junto a la casa, en el médano, y me dirigí a la antigua dirección de Roddy.

Era una calle silenciosa, en Miami Shores, donde parecía reinar una paz que se convertía en bullicio a pocas manzanas de distancia.

El edificio donde había vivido Rod era blanco, rodeado por un predio ajardinado, con una fachada que necesitaba ser refaccionada, ventanas con postigos descascarados y una enredadera salvaje que trepaba sin molestias por la mampostería desgastada.

Apagué el motor de la *Vespa* y miré largo rato el edificio. Me daba la impresión de un noble viejo y caído en desgracia que muestra con orgullo su *robe de chambre* raída.

Había otros edificios en las inmediaciones, cuyo aspecto coincidía con el que tenía delante de mí. En la otra acera, tras unos parterres bien cuidados, alcancé a ver varios edificios más, mejor acondicionados y en cuyas ventanas aparecían ya las primeras luces.

Llamé a la portería.

Una luz amarillenta se encendió tras la puerta acortinada y una voz que ya había escuchado preguntó:

—¿Quién?

—¿Es usted la portera?

La cortinilla se apartó y vi un rostro delgado, cuya expresión permanecía oculta por las sombras.

Estiré el brazo y encendí la luz automática del vestíbulo. Ahora el rostro adquirió su verdadera dimensión. Era una mujer extremadamente delgada, con pómulos marcados y aplastados contra los huesos como paños ligeros sometidos a una brisa continua. Los ojillos oscuros me observaban sin pestañear y de los labios apretados no brotó ningún sonido.

La mujer abrió la puerta y pude observar un cuerpo enjuto, encorvado y fibroso. Tenía manos grandes y venosas que sujetaban un bastón de bambú brillante por el uso.

—¿Qué desea? —preguntó con la voz pastosa que ya había escuchado a través del hilo telefónico.

—Estoy buscando a Rod Martin.

—¿Quién es usted?

—Trabajo en el *Newspaper*.

—El señor Martin ya no vive aquí.

—Sí, lo sé. He hablado hoy con usted por teléfono.

—¿Para qué ha venido entonces?

No había antipatía en el tono de su voz, sino una dura estupefacción. No entendía para qué diablos había ido allí personalmente si ya me había dado el recado con anterioridad.

—Pensé que tal vez usted podía haber recordado algo… ¿está segura de que no dejó su nueva dirección?
—No. Ya se lo he dicho.
—Dígame, ¿han vuelto a alquilar su apartamento?
—Así es. El nuevo inquilino llegará mañana.
—¿Podría echar una ojeada al apartamento?
—¿Para qué?
—Tal vez Roddy haya dejado algún indicio de su nueva dirección.
—¿Es que le ha ocurrido algo? —preguntó la anciana y por primera vez se permitió un único parpadeo.
Me sentí algo molesto. Tal vez Rod aparecería al día siguiente por la redacción, o el lunes, y yo me metía a detective impulsado más por mi sentimiento de culpa que por hechos concretos. Pero, como ya estaba lanzado, insistí.
—No lo sé. Tal vez. ¿Tiene algún inconveniente en que suba hasta su…?
—Hágalo —dijo, interrumpiéndome—. La puerta está abierta. Hoy ha venido una empresa de limpieza.
Y cerró la puerta en mis narices.
Tuve que golpear nuevamente en el cristal para que la portera me dijese el número del apartamento. Cuando lo hizo subí por las escaleras hasta la cuarta planta y abrí la puerta que ostentaba el número 47.
Encendí la luz y recorrí el pequeño estudio. Estaba limpio y olía a desinfectante. Abrí una de las dos ventanas y aspiré el aroma de los árboles. Luego fui hasta la cocinilla e inspeccioné minuciosamente todos los rincones. No tuve éxito. Todo estaba absolutamente reluciente.
Entonces descubrí el cubo de la basura. También estaba limpio, pero alguien había revestido su interior con un periódico. Me incliné y vi una fotografía.
Era una instantánea de un hombre con expresión reconcentrada, gafas de concha y rostro sereno. Un hombre que había sido hallado muerto en la playa, mirando hacia el Este, y que se había hecho famoso a lo largo de varios años por su dedicación al tema de los fenómenos extraños. Se trataba del profesor Coogan.
Saqué el trozo de periódico y leí el artículo. En él aparecía el sitio donde había sido hallado y se explicaba la causa de la muerte: un

golpe en la cabeza, seguramente debido a una caída con mala fortuna en la que el profesor había chocado contra una arista rocosa. Alguien había subrayado las palabras *arista rocosa* y, a continuación, encerrado en un círculo un signo de interrogación.

Aquel periódico había pertenecido a Roddy y los hombres de la limpieza lo habían utilizado para revestir el cubo de la basura.

Miré el apartamento vacío y la noche plácida de Miami Beach a través del hueco iluminado de la ventana. Fue así como la idea se hizo fuerte en mi maltrecho cerebro, mirando en silencio el hueco de la ventana que encerraba un trozo de cielo oscurecido y poco estrellado. Un cielo espacial, infinito y fascinante.

Busqué la dirección de Coogan en el artículo y salí del apartamento guiado por una acuciante urgencia.

La vieja portera con su rostro aguzado espió mi salida desde su puerta acortinada. La saludé con la mano, salté los escalones que separaban el portal de la acera y subí a la *Vespa*.

Atravesé Miami Beach, Miami Norte y me aparté de los paseos ribereños con sus procesiones de parejas bulliciosas, ancianos retirados que se autoexiliaban en el buen sur y pandillas de jóvenes de todos los colores cantando en más idiomas de los que le gustaría al sueño americano del Tío Sam.

Detuve la *Vespa* ante un edificio de diez plantas, de ladrillos rojos y ventanales pintados de verde. Un jardín estrecho separaba la acera arbolada de un camino circular para coches y del sobrio portal acristalado.

El vestíbulo tenía baldosas cerámicas color ocre y multitud de plantas lujuriosas junto a las paredes. Un ascensor trepaba por una estructura de hierro con ornamentos de bronce desde el centro de la estancia, a la vista de los curiosos. En aquel momento sólo había un hombre allí y no parecía curioso en absoluto. Vestía con elegancia y sostenía un *terrier* desde el extremo de una correa.

Cuando me acerqué pude apreciar el aroma sutil de una cara loción para después del rasurado.

—Disculpe —dije—, no encuentro al conserje.

Me miró como si yo fuese un sello intrascendente en su colección filatélica.

—El conserje se ha marchado. Son más de las nueve —replicó.

—¿Vive usted aquí?

—Así es.

—Entonces podrá decirme cuál es el piso que ocupaba el profesor Coogan.

Su nariz se frunció como si un zorrino hubiese atravesado el vestíbulo.

—¿Profesor? Un charlatán. No necesitamos ese tipo de publicidad en esta ciudad. Y mucho menos es este edificio.

—¿Conoce a un individuo de treinta años, con tendencia a aumentar de peso, gafas y expresión cándida? Su nombre es Rod Martin.

Fue un tiro al aire, pero detecté en la expresión del caballero del perrito que había dado en el blanco.

—Sí, le conozco. ¿Quién es usted?

—Estoy buscándole.

—¿Policía? —inquirió como si el zorrino hubiese vuelto a hacer de las suyas entre los plataneros.

—No, amigo. Compañero de trabajo. Periodista.

—Es la quinta planta. A la izquierda —dijo entonces.

—Gracias. Es usted muy amable.

No procuraba ser sarcástico, pero el petimetre merecía uno de aquellos pastelazos en el morro que hicieron famosos a los actores del cine mudo.

Salió del vestíbulo detrás del *terrier* mientras yo ascendía en el sepulcro acristalado en busca de la quinta planta.

Una alfombra púrpura cubría el suelo y las puertas de los pisos eran labradas, pesadas, de madera preciosa y con molduras de metal dorado.

En el momento en que presioné el botón del timbre alguien llamó el ascensor desde la planta baja.

Aguardé un instante, pero nadie respondió. Cogí entonces el picaporte dorado y abrí la puerta. No me sorprendió encontrarla abierta, y tampoco el hecho de que una brisa demasiado fuerte azotara las cortinas a través de los ventanales abiertos de par en par.

Dejé la puerta abierta y entré.

—Rod...

Crucé un corredor e inspeccioné los cuartos que había tras las primeras dos puertas. Estaban vacíos y no parecían haber sido utilizados en mucho tiempo.

Rod no estaba en el salón y tampoco en el baño, la cocina, el dormitorio principal ni la terraza.

Estaba en el estudio, mirando fijamente hacia el Este a través del ventanal abierto, vestido del mismo modo en que yo le había visto aquel día en la redacción del *Newspaper* y con los ojos muy abiertos.

Apoyaba las manos en los brazos del sillón y los cabellos eran agitados ligeramente por la brisa salina que llegaba desde la Bahía Biscayne. Pero él no reparaba en el espectáculo del mar distante y tampoco en las luces que flaqueaban el paseo de la costa y que, más allá del brazo de mar, serpenteaban en Cape Florida. Rod Martin estaba muerto. Lo supe incluso antes de llegar hasta él y tomarle el pulso. Lo supe en cuanto mi mirada, involuntariamente, se posó en una herida limpia, ancha y aparentemente profunda que dividía en dos su nuca.

Di un paso hacia él, y me planté ante su rostro estupefacto.

—¡Roddy! ¡Roddy!

La voz me atravesó como el hachazo de un verdugo y levanté la mirada para clavarla en una muchacha que se detuvo en la puerta del estudio.

—¿Roddy? —preguntó, e inmediatamente después se llevó una mano a la boca, lanzó un sollozo semejante al gemido de un animal y echó a correr hacia la puerta de entrada.

Yo fui tras ella, pero la muchacha cerró la pesada hoja con fuerza y se lanzó escaleras abajo guiada por la vitalidad enérgica que proporciona la desesperación.

Regresé junto a Rod y miré largo rato la herida. No sangraba. Parecía ser el producto de un golpe seco y violento asestado con una cimitarra mal afilada sobre la nuca de un muñeco de cera y yeso. No había sangre en su cuello ni en sitio alguno.

Dos cosas me sorprendieron en aquel momento. La primera, que la visión de Rod no me había afectado de un modo significativo; como si ya supiera que le hallaría así… muerto de un modo insólito. Y la segunda sorpresa consistió en mi propia convicción; quiero decir que comprendí de un modo absoluto e indubitable que yo tenía una misión.

Supe, verdaderamente *supe,* que Rod había muerto por lo mismo que había muerto Coogan y que yo estaba allí metido en medio de una telaraña de la que ya no podría zafarme. No tengo más

explicación para esta convicción que el hecho incontrovertible de que se afianzó en mí como una enfermedad irreversible.

Recorrí el piso y hallé las cosas de Roddy todavía empaquetadas y multitud de libros vinculados a fenómenos extraños. Encima de la mesa del escritorio, junto al cadáver de mi amigo, hallé una libreta de apuntes con una única página escrita. En ella leí las primeras líneas de algo que cambiaría por completo mi vida: «Las comprobaciones son ciertas. Ellos, quienes quiera que sean, han llegado. Todavía no he hallado el modo de descubrirles bajo la apariencia humana, pero es sólo cuestión de tiempo. Mañana les observaré desde las siete de la tarde hasta el lunes a las siete de la mañana».

La fecha correspondía a ese viernes, de modo que Rod había comenzado a observarles desde allí mismo.

Miré alrededor como si repentinamente experimentara la sensación de hallarme acompañado en la atmósfera quieta del piso. No había nadie allí. Fui hasta el teléfono y levanté el auricular. Llamé a la policía sin dar mi nombre y luego salí del piso de Roddy con una idea fija grabada en mi cerebro: dar con la muchacha que había huido pocos minutos antes.

Jamás olvidaría su rostro.

CAPÍTULO III

La noticia de la muerte de Roddy conmovió a la redacción del periódico. Cuando la muerte alcanza a alguien próximo, y ocurre de un modo intempestivo y arbitrario, todos nos convertimos automáticamente en próximas víctimas potenciales.

—¡Dios mío, Charles! —aulló Barbara entrando en mi despacho a la mañana siguiente. Una hermosa mañana de sábado.

—¿Qué te ocurre, muñeca?

Ya conocía el porqué de su sorpresa, de su angustia y de su pánico recién elaborado.

—Rod ha muerto. ¡Dios Todopoderoso!

—¿Roddy?

Mi voz era insegura como los pantanos del oeste.

—Es terrible… algún borracho lo atropelló y… —un sollozo cortó su perorata.

—¿Atropellado? —inquirí, deseoso de manifestar una estupefacción que no sentía.

—Un automóvil le destrozó. Cerraron el féretro y lo incinerarán esta tarde. ¿Irás?

—¿Para qué?

—Tú eras amigo suyo. Y yo. Creo que Roddy no tenía parientes cercanos. Una tía en Nueva Jersey. Demasiado vieja para asistir. El director le ha enviado un telegrama.

—Sí, está bien. Iré —aseguré.

—Después de todo lo que hablamos ayer y de… en fin, siento mucho esta estúpida muerte, Charles.

—Tranquilízate. ¿Quieres beber una copa?

—No, gracias. Prefiero trabajar. Lo único que me faltaría es una borrachera depresiva.

Salió de mi despacho haciendo oscilar un colorido y ligero vestido de bambula. Sus formas sinuosas se revelaron durante un segundo contra la luz del sol que se filtraba a través de la puerta abierta y pensé que Barbara había perdido el encanto de su sexo florido ante la desgracia ocurrida. Era una muchacha vital y con buen humor que marchaba al son de su juventud curvilínea jugando con el efecto que producía en los hombres que la conocían bien.

Ahora, atrapada por el dolor y la muerte brutal de Roddy, la desnudez que exhibía bajo su vestido transparente no era erótica, era una desnudez expuesta, frágil, temerosa y evasiva.

Encendí un cigarrillo y fui hasta la ventana para mirar la avenida y una franja de mar brillante por entre los picos secos de los edificios.

Sentía el cerebro vacío, pero era consciente de que algo iba a suceder muy pronto. Durante algunos minutos traté de pensar en la muchacha y en el modo de localizarla. Miami y su zona de influencia es un sitio continuamente sometido a las mareas migratorias de cientos de miles de norteamericanos norteños que se acercan a beber un poco de sol indómito. Buscar a alguien puede resultar una tarea imposible. Y yo no era un experto detective privado capaz de hallar la aguja perdida en el pajar.

Decidí tomar solo la copa que Barbara había rechazado y salí del edificio del *Newspaper*, crucé la calle y entré en el bar de Sam.

Un bar es siempre un modo de huir. Sólo vi a dos fugitivos, pertrechados tras altos vasos húmedos con miradas que parecían provenir de canicas rotas.

—Supe lo de Rod. Lo siento, amigo.

—Gracias. Sam. Ponme un doble.

—Una muerte idiota —comentó mientras llenaba la copa.

—Sí —admití, sin ganas de darle vueltas al asunto.

Sam, como buen barman veterano, comprendió al instante lo que yo deseaba y se retiró.

Bebí en silencio. En silencio conmigo mismo, mientras procuraba dar con una mínima respuesta que, aun admitiendo que algo extraño estaba ocurriendo, me permitiera aplicar la lógica más o menos aceptable con la que había construido mi vida.

Acabé la copa y encendí un cigarrillo. Me sentía como un náufrago flotando de espaldas en medio del océano, a mil millas del buque más próximo.

—¿Otra? —inquirió Sam.

—No. Creo que iré a dar un paseo.

Caminé por la ciudad hasta que me sorprendí a mí mismo en las puertas del cementerio. Eché un vistazo a mi reloj y descubrí que ya era la hora del entierro.

Un grupo de ocho o diez personas rodeaba a un tipo con rostro

patibulario que portaba una caja pequeña entre sus manos huesudas. Me uní a ellos para seguir al tipo. Barbara se colgó de mi brazo. Tenía el rostro húmedo por las lágrimas y los ojos enrojecidos.

Tres o cuatro compañeros de la redacción estaban allí, silenciosos y meditabundos. También estaba el director del periódico, Joshua Bending, impecablemente vestido, con su rostro fláccido flameando con cada paso y sus ojillos astutos defendidos por un doble párpado carnoso y surcado de pequeñas venillas.

Cuando me vio, me hizo un gesto con la mano. Me acerqué con Barbara colgada de mi brazo.

—¿Nos disculpa? —preguntó imperativamente, dirigiéndose a la muchacha.

—Por supuesto... —replicó Barbara con el gesto de un niño ofendido por una reprimenda en público.

—¿Qué ocurre?

Bending me cogió por un codo y avanzamos algunos metros antes de que se decidiera a responderme.

—He hablado con la policía y también con el médico forense. Pobre muchacho...

—¿Roddy?

—Sí, el pobre muchacho estaba muy enfermo —dijo gravemente.

—¿Quién le ha dicho semejante tontería? —pregunté sin poder contenerme.

Me miró como un general veterano al más estúpido de sus reclutas y, rápidamente, compuso una expresión de condescendencia.

—Sé que vosotros erais amigos. Buenos amigos. Pero Martin siempre fue muy reservado. Estaba muy enfermo. Tenía un tumor cerebral. Incurable. He hablado con el médico. Y también con la policía.

Su monólogo de frases cortas, telegráficas, me ponía muy nervioso. Me solté de su mano y me planté frente a él.

—¿Qué maldita clase de tumor? —estallé.

Algunos rostros se volvieron hacia nosotros, pero no les presté mayor atención.

Seguro de sí mismo, Joshua Bending volvió a cogerme por el codo y tiró de mí, obligándome a continuar la caminata tras el tipo patibulario que llevaba las cenizas de Roddy.

—Cálmate, muchacho —dijo Joshua con tono paternal—. Tenía

un tumor cerebral. La policía piensa que se arrojó debajo de los neumáticos de un coche. Sabía que no tenía cura y deseaba… morir. Suicidio.

—¿De modo que según nuestros dignos representantes de la ley ha sido un suicidio?

—Sí.

—¿Cuándo ocurrió?

—Fue atropellado anoche. Le hicieron la autopsia inmediatamente. Estaba muy destrozado.

«Muy destrozado», pensé, como si se tratara de una pieza de caza alcanzada por demasiados disparos.

No me interesaba saber qué harían con aquel polvo seco que había quedado del amigo preocupado por las teorías de Coogan.

Me salí de la procesión y descendí la breve colina en busca de aires más vivificantes.

Barbara me alcanzó.

—Necesito compañía, Charly —dijo.

—Yo también —coincidí.

—Ven. Vamos a mi casa. Tomaremos unas copas y prepararé una cena fría. Miraremos el mar y nos consolaremos mutuamente.

—¿Por qué no?

* * *

Barbara preparó una cena ligera y comimos en silencio, acompañados por una serie de *whiskies* con soda, en la terraza ajardinada de su ático. Lejos del ruido de la calle, de las voces alegres del aluvión turístico y de las penurias que se arrastraban por las aceras.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

—Mejor.

—Vuelvo en un minuto, chico.

Salió de la terraza y yo permanecí suspendido del alcohol ingerido como un aeróstato en desuso.

—Charles…

Me volví y miré en dirección al salón.

Barbara estaba desnuda, erguida en el centro de la estancia,

envuelta por la luz nacarada de una lámpara oculta y con los pechos vibrantes de excitación.

Sólo me llevó un minuto quitarme las ropas y abrazarla. Fue un abrazo prolongado y minucioso, como el de dos gladiadores húmedos, agotados por una jornada de sangre y rugidos lastimeros.

Era una muchacha caliente, susurrante y ávida que me condujo durante horas por un escarpado camino ascendente para dejarme caer al filo de la madrugada en un mar de aguas turbulentas, oscuras y extrañamente tibias.

Se durmió en seguida, domado su instinto por el largo jadeo de la noche.

Me levanté del lecho con el cuerpo exhausto y el cerebro helado por una certeza abrumadora: tenía que pasar a la ofensiva, y sabía exactamente de qué modo hacerlo.

Salí a la madrugada fresca y tomé un taxi para llegar hasta mi casa. Me serví un vodka con zumo de tomate y lo bebí lentamente. Luego, un poco más sereno, me metí entre las sábanas y me dormí inmediatamente.

Soñé con un dragón de colores brillantes que llegaba desde el mar y lanzaba su aliento fétido sobre mi casa. Yo buscaba un crucifijo para ahuyentarlo, pero recordaba que nunca había creído en Dios y que no tenía a mano ningún objeto que pudiese exorcizar al bicho. Desperté cubierto de sudor y aferrado al mechero como si se tratara de un rayo láser.

Me levanté y salí a la playa. Comenzaba a amanecer y divisé a dos parejas con trajes de noche, descalzas y silenciosas, paseando por entre la espuma con esa estudiada despreocupación que ilustra los momentos que se convertirán en jugosas anécdotas a la hora de la vejez.

Corrí hacia el mar y me zambullí debajo de una ola enorme, voluptuosa y helada. Nadé por espacio de media hora y luego regresé a la playa para iniciar una carrera hasta el puerto deportivo que había más al sur. Era un recorrido de tres kilómetros y fui y regresé a buen paso. Me zambullí una vez más antes de regresar a casa. Luego me duché y vestí. Saqué la *Vespa* del cobertizo y me dirigí directamente hacia el edificio donde había visto el verdadero cadáver de mi amigo Roddy Martin.

El conserje estaba en la puerta, fumando un pitillo y leyendo el

Newspaper.

Alzó la mirada y se quitó el cigarrillo de los labios. Sonrió con amabilidad y dobló el periódico.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días. He venido por el piso que alquilaba el señor Martin. Supongo que está libre, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Éramos compañeros en la redacción de ese periódico que tiene usted entre sus manos. Me habló mucho de su piso y he pensado que podría alquilarlo.

Me miró con sorpresa.

—¿Era usted muy amigo del señor Martin?

—Sí.

—Tal vez le resulte amargo vivir en el piso que...

—Descuide. Sé lo que me hago.

—Bien. ¿Qué hago con sus cosas?

—Nada. Déjelas donde están. Cuando el juez determine qué hacer con ellas yo las entregaré. No creo que haya problemas en ese sentido. Sólo tenía libros y algunas ropas que ni siquiera son de mi talla.

—Le diré lo que haremos. El señor Martin había pagado hasta el final de mes. Todavía faltan dos semanas, de modo que usted puede instalarse y si cambia de idea...

—Es usted muy amable. ¿No se incomodará el propietario del piso?

—¡Oh, no! Es una vieja dama que vive en Tampa. Tengo plenos poderes para administrar su propiedad.

—Estupendo. ¿Puedo subir?

—Será mejor que regrese mañana. La policía ha de venir hoy a cerrar la investigación. No quiero tener problemas con la policía.

—De acuerdo. Hasta mañana, entonces.

—Siento mucho lo del señor Martin. Era un hombre reservado, pero le apreciaba.

—Gracias.

Me alejé en la *Vespa* con la sensación de que era observado. Detuve la máquina en una esquina y miré hacia atrás. No vi a nadie sospechoso ni el reflejo del Winchester en la colina como en las películas de Randolph Scott. Si estaba volviéndome paranoico,

aquella espléndida mañana de domingo no ayudaba en nada a la escenografía.

Miami forma un complejo turístico que abarca Miami Beach, Hialeah, Miami Springs, Opa Locka y Miami Shores. Una superficie suficientemente amplia como para albergar a una muchacha a la que solamente había visto unos segundos y en una situación poco proclive a la serenidad. Llené el depósito de la *Vespa* y me paseé durante el resto del día, sin rumbo fijo, gozando de la brisa y el colorido de la fauna dominguera, procurando que uno de esos absurdos golpes de suerte me permitiera dar con una idea oportuna respecto del paradero de la muchacha o que, yendo todavía más lejos por el camino de la fantasía, que la propia mujer apareciera en una acera soleada y me dedicara aquella desesperación que había tatuada en su rostro fugaz.

No tuve suerte.

Regresé a mi casa, me duché y bebí un par de copas mirando los rayos horizontales de un sol sangriento y agotado. Luego me metí en la cama y dormí hasta que el despertador indicó que era la hora de ir a trabajar.

El *Newspaper* parecía un museo de momias discretas. La muerte de Roddy había afectado a todos y flotaba por encima de las máquinas de escribir como una bruma asfixiante.

Di vueltas alrededor de la segunda parte de mi artículo sobre la experiencia de supervivencia realizada la semana anterior y me costó un gran esfuerzo llenar las primeras cuartillas.

Barbara apareció poco después de las doce con un *sandwich* y una cerveza. Me besó ligeramente en los labios y comimos en silencio, sin salir del edificio.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Tú y yo podríamos emprender juntos algo grande —bromeó.

—Tal vez, pero será mejor que nos contentemos con pequeñas batallas bien acotadas.

—Eres un cínico.

—No creas, muñeca. Se trata sólo de mi más acabado mecanismo de defensa.

—¿De qué te defiendes?

—De los fracasos sentimentales.

—Si vas a comenzar a filosofar, me largo.

—Éxitos —le dije sin mayor humor.

—Volveré y te haré mío —sonrió, desapareciendo por la puerta entreabierta.

Continué tecleando como un orangután espástico hasta poco después de las seis de la tarde. No había conseguido más que llenar el papelero con folios destrozados y me sentía miserablemente. Miré las seis escasas cuartillas dignas de ser rescatadas del naufragio y me deponía a cruzar al bar de Sam cuando Barbara surgió del pasillo exterior.

Le dedique mi mueca de play-boy.

—¿Vienes a hacerme tuyo? —bromeé.

Arrojó un sobre encima de mi mesa y sonrió.

—Una muchacha ha traído esto para ti. Tenía un tipo fantástico.

—¿Dónde está?

—Acaba de salir...

Me precipité hacia la ventana y miré la calle, muchos metros más abajo.

La reconocí en cuanto vi su silueta perspectivada por mi observatorio.

Salté por encima del escritorio, pasé como un relámpago junto a Barbara y descendí las escaleras en busca de una marca olímpica. Cuando llegué al vestíbulo de la planta baja lo crucé patinando y eludiendo a duras penas a la decena de personajes estupefactos que pululaban en los alrededores.

Salté a la acera y me detuve.

La muchacha había cruzado la calle y se alejaba en dirección a la playa. Me llevaba una manzana de distancia de modo que eché a correr.

Había recorrido medio centenar de metros cuando ella se volvió y me miró. No tenía una expresión alegre. Parecía a punto del colapso final. Se dio la vuelta y se lanzó a la carrera.

Apreté el paso y entonces ella llegó al paseo marítimo y cruzó velozmente en dirección a la acera que flanqueaba la playa. Se hallaba en medio de la avenida cuando surgió el automóvil. Era grande, blanco y ostentoso. Pero no fue su aspecto lo que me conmovió, sino el hecho de que su hocico de cinco mil dólares apuntaba directamente a la muchacha.

Mi cerebro dio una orden tajante a mis miembros inferiores y otra

más a mis ardientes cuerdas vocales.

—¡Cuidado! —aullé, acaparando las miradas de un número indeterminado de paseantes indolentes.

La muchacha se volvió. Miró mi rostro desencajado y luego el automóvil que estaba a punto de destrozarla.

—¡Bastardo! —grité entonces y con un impulso desesperado me lancé hacia ella.

La cogí por la cintura y mi hombro izquierdo golpeó violentamente en su cadera cuando ella giró con un movimiento reflejo. Caímos rodando como peonzas sobre el asfalto caliente y pude oler los gases del tubo de escape del coche que pasaba a escasos centímetros de mi cabeza.

La puse de pie y me miró confusa.

—Vámonos de aquí —ordené—, no me gustan los alborotos.

Los curiosos que se aproximaban se quedaron con sus insultos y sus cotilleos entre la lengua y el paladar, porque cogí a la mujer de una mano y corrí con ella en dirección al *Newspaper*.

—¿Te encuentras bien?

—Por favor, tengo que marcharme —dijo, procurando zafarse de mi mano.

—Hemos de hablar.

—Tú...

—Mira —dije, y puse el sobre ante sus ojos.

—¿Entonces...?

—Soy Charles Fox, el amigo de Rod. ¿Él fue quien te dio esto para mí?

Asintió.

—Me dijo que si le sucedía algo... —y comenzó a sollozar.

—Ven, acompáñame.

La guie hasta el bar de Sam. Pedí dos *whiskies* en la barra y nos sentamos en una mesa del fondo, a cubierto de miradas indiscretas.

Sam depositó las copas y me miró con indiferencia.

—¿Creías que yo había matado a Roddy? —le pregunté cuando Sam se hubo alejado.

—Cuando te vi allí comprendí que...

—Continúa.

—Que había ocurrido lo que habíamos temido.

—Aguarda, por favor, bebe un sorbo y procura ser paciente

conmigo.

Sonrió y fue realmente maravilloso. Era alta y delgada. Tenía la silueta de las bailarinas. Piernas fuertes y bien torneadas, muslos arqueados y morenos, vientre chato y duro y senos pequeños, redondos y libres bajo la camiseta azul.

Abrí el sobre y leí un mensaje breve pero terrible:

«Lo siento, Charly. Lo siento porque si lees estas líneas quiere decir que, lamentablemente, yo tenía razón. Por favor, confía en ella. Julia te lo explicará todo y tú, seguramente, tendrás más posibilidades que yo. Cuídala. No tiene a nadie más en el mundo.

Rod Martin».

—Han estado a punto de matarme —dijo Julia—. Lo saben todo.

—¿Quiénes lo saben? ¿Qué saben? ¡Maldita sea, no entiendo nada!

Cogió mi mano y sonrió. Había tristeza y desolación en su mirada.

Desolación...

CAPÍTULO IV

Encendí dos cigarrillos y le entregué uno. Aspiró el humo con fruición y volvió a sonreír, esta vez con nerviosismo.

—Han asesinado a Rod como lo hicieron con el profesor Coogan.

—¿Tú y Roddy trabajabais juntos?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde qué él se interesó por las teorías del profesor Coogan.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos... cuatro meses.

—¡Cristo! Jamás me lo dijo.

Ella sonrió y miró fijamente la brasa del cigarrillo.

—Temía que te rieras de él. Decía que tú eras uno de esos tipos absolutamente incrédulos.

Me avergoncé al oír aquello. Tal vez si hubiese sido de otro modo, si hubiese escuchado a Roddy, si...

Pero eran demasiadas condiciones y yo tenía cuarenta años de escepticismo en mi añejo cerebro.

—¿De qué modo os conocisteis?

—Fue él quien vino a nosotros.

—¿Nosotros?

—El profesor Coogan y yo. Trabajábamos juntos, aunque con discreción.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Vuestro trabajo. Vi el cadáver de Roddy y nadie podrá convencerme de que su muerte fue algo natural. Esa herida en la nuca...

—Sí, lo sé.

—¿Qué es lo que puedes explicarme de esta pesadilla?

—Muy poco, pero suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para actuar.

—¿Tú y yo? —pregunté, escéptico.

—O yo sola si tú no me ayudas.

—Aguarda un instante. ¿No crees que antes deberías explicármelo

todo?

—Sí. Necesitamos un sitio tranquilo y donde estemos a salvo.

—¿Qué te parece el piso de Rod?

Se estremeció.

—Te has vuelto loco.

—No. He hablado con el conserje. Puedo utilizarlo hasta finales de mes. ¿Crees que regresarán allí?

—Es posible que tengas razón y además...

—¿Sí?

—Podremos...

—Vamos, continúa —la alenté.

—Vigilarles.

Esta vez me sentí verdaderamente ansioso. La corazonada de alquilar el piso de Roddy parecía haber sido acertada.

—¿A quién hemos de vigilar?

—A ellos, a los alienígenas.

—Ven. Marchémonos de este sitio.

—No puedo regresar a mi habitación. Es posible que estén controlando el hotel.

—No hace falta ir allí. Iremos a mi casa y decidiremos lo mejor para ambos. ¿De acuerdo?

—¿Hay otra elección? —preguntó, resignada.

Recorrimos en la *Vespa* la distancia que nos separaba de mi casa y durante aquel breve trayecto, con la muchacha asida a mi cintura y sorbiendo el perfume tibio de la costa, la amenaza alienígena parecía más una pesadilla disparatada organizada por un grupo de paranoicos que la realidad que yo sabía inminente.

Dejé la *Vespa* en el cobertizo y entramos en la casa.

—¿Deseas beber algo?

—No, gracias. ¿Tienes alguna ropa para mí?

—Hallarás alguna cosa en el dormitorio de la izquierda.

—¿Casado?

—No, amancebado por etapas. Las mujeres me abandonan y suelen dejarme alguna prenda como recuerdo. A lo largo de los años he podido acumular un guardarropas aceptable.

Sonrió brevemente y desapareció en el dormitorio. Me serví una copa y salí a la galería que enfrentaba los médanos y el mar. La playa estaba desierta con excepción de un hombre que caminaba

lentamente y un perro pequeño que trotaba a su alrededor.

—¡Charles!

La voz de la muchacha resonó con una nota de angustia contenida.

Me volví y observé su cuerpo hermoso embutido dentro de un mono tejano azul. Llevaba una camiseta color púrpura y sandalias de cuero. En las manos sostenía mis binoculares del ejército y sus labios temblaban imperceptiblemente. Tenía la mirada fija en algún punto de la playa y la poca luminosidad del crepúsculo contribuía a su expresión demudada.

—¿Qué ocurre?

Levantó los binoculares y volvió a mirar. Luego me los pasó.

—Ese hombre.

—¿Cuál?

—El que camina junto a la espuma. Con el perro.

—¿Qué...? —comencé a preguntarle, pero ya tenía al individuo aumentado en el extremo de los gemelos y comprendí confusamente cuál era el temor de la muchacha.

Era el mismo sujeto de aspecto inmaculado y aura pedante que se había cruzado conmigo en el vestíbulo del edificio donde hallara asesinado a Roddy. El *terrier* saltaba a su lado.

—Es uno de ellos —aseguró Julia.

—¿Cómo lo sabes?

—Rod le vigilaba desde el piso donde... —se interrumpió.

—Yo le vi poco antes de hallar a Roddy muerto.

—Tenemos que irnos de aquí. ¡Por favor! Ya sabe dónde estamos y sólo es cuestión de tiempo que acabe con nosotros.

Corrí hacia el interior de la casa y abrí el viejo arcón pirata que había heredado de mi abuelo marinero. Saqué una funda de cuero y un bolso de lona. Dentro de la funda tenía mi escopeta de repetición, que utilizaba durante mis aventuras por los Everglades. La cargué y luego abrí el bolso. Tenía una pistola del calibre 22 que entregué a la muchacha y ajusté a mi cintura un cinturón con la 45 que solía llevar durante algunos reportajes insólitos.

—Coge el bolso y sal de la casa. Iré a ver a ese maldito sujeto —anuncié.

—No —dijo con serenidad.

Me volví para hallar su rostro en calma y una expresión menos

temerosa en las pupilas destellantes.

—¿Por qué no?

—Creo que debemos continuar con lo que hacía Roddy. No es el momento, todavía, de pasar a la acción.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¿Cuántos muertos debe haber antes de...?

Puso un dedo tibio sobre mis labios y sonrió con bondad.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Tengo que hacerlo, estamos solos en el centro de una confabulación demencial.

—Bien. Entonces vámonos de aquí.

—¿Adonde?

—Al piso de Roddy.

—¿Estás segura de que deseas continuar con este asunto?

—Sí. Lo estoy. Ahora recogeremos algunos víveres a fin de no hacernos ver demasiado en aquel barrio. Sólo necesitamos 24 horas.

—¿Para qué?

—Se disponen a acudir a su centro de operaciones en Florida —replicó enigmáticamente.

—No entiendo nada —admití.

—Te lo explicaré todo en cuanto nos hayamos instalado en el piso de Rod.

—De acuerdo —acepté.

Levanté los gemelos y recorrí con ellos la playa. No hallé rastro del individuo del perro.

A pesar de todo lo ocurrido, no podía prescindir, de vez en vez, de una ambivalente sensación de ridículo. Yo, Charles Fox, acompañado por una muchacha preciosa, enfrentado a una pandilla de... alienígenas. Sin embargo, también sentía, en ese rincón de la intuición reservado para los hechos incontrovertibles, que estaba en el umbral de una guerra imposible.

—Ve a recoger lo que te parezca útil —dije a Julia.

—De acuerdo.

Desapareció en el interior de la casa y yo me senté en un escalón de la pequeña escalera de madera que llevaba al médano. Dejé la escopeta a mi lado y bebí lentamente el resto del whisky.

Una sirena aulló a lo lejos, invisible en el horizonte murmurante del mar y una voz resonó sordamente a pocos metros de mí.

—No se mueva. Por favor, no me obligue a matarle.

Volví el rostro y allí estaba el tipo del perrito. Parecía más grave que cuando le conociera y sostenía entre sus manos un aparato parecido a una radio portátil. El perro había desaparecido.

—¿Qué desea de mí? —pregunté.

—Nada —dijo.

—Me temo que no le comprendo.

—Todavía no es hora de comprender —replicó.

Levantó el aparato y su rostro delgado no demostró la menor emoción; hasta que se transformó en una máscara rota.

Un disparo le alcanzó en el centro del rostro y otro más en el pecho. Cayó arrodillado y soltó el aparato que portaba. Sus brazos se plegaron disciplinadamente sobre el estómago y hundió la cabeza en la arena.

Julia se acercó a mí con la pistola todavía humeante y se cogió de mi brazo.

Ninguno de los dos habló. El espectáculo que estaba desarrollándose ante nuestros ojos impedía cualquier reflexión.

El cuerpo del sujeto comenzó a arrugarse, a encogerse, debajo de las ropas y no pude dejar de pensar en aquella escena de una vieja película en la que Drácula se convierte en polvo bajo la luz implacable del sol.

—Observa lo que ocurre, Charles —dijo Julia.

—¡Es increíble!

Lo dije sólo por escuchar mi propia voz y apartarme de aquella pesadilla.

El cuerpo desaparecía, se confundía con las ropas, como si fuese una gelatina compuesta por un ácido muy fuerte y corrosivo, hasta que todo el conjunto no fue más que un amasijo oscuro, inodoro, mineralizado bajo la luz impertérrita de la luna.

No podía tener un tamaño mucho más grande que el de un trozo de escoria de tres o cuatro kilos.

Fui hasta el cobertizo y busqué una pala. Regresé y procuré recoger un trozo de aquel material que momentos antes había sido un hombre… o, al menos, un ente con la apariencia de los seres humanos.

La punta de la pala se hundió debajo del bulto y procuré levantarlo. No lo conseguí. Era demasiado pesado. Como si la

materia de aquel sujeto, los ochenta kilos del ser, se hubiesen condensado sin perder un solo gramo.

Golpeé con fuerza en un extremo y conseguí hacer saltar un pequeño trozo.

—Trae algo donde conservarlo —pedí a Julia.

—Es inútil —dijo, sin moverse.

La miré estupefacto.

—El profesor Coogan lo intentó. Envió incluso un trozo al doctor Ferrys.

—¿Y qué ocurrió?

—Fue analizado y sólo llamó la atención la pureza con que se habían conservado un trozo tan homogéneo de… resto fósil.

—¿Resto fósil?

—Exacto. Su composición química es semejante a la de un amasijo de huesos de mamut hallados en el fondo de una caverna esteparia. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

En ese momento, mientras contemplaba lo que quedaba del alienígena, buscando un modo de salir al encuentro de la opinión pública, o cuando menos, de alguna autoridad con poder de decisión, el pequeño *terrier* apareció por entre las matas del médano y se aproximó a la masa oscura que continuaba reduciéndose, aunque ahora con mayor lentitud.

El perro olfateó el trozo que yo tenía en la pala, sin acercar demasiado el hocico y luego lo mordió. Fue instantáneo: el trozo desapareció en su boca, el animal lanzó un aullido lastimero y agudo y se revolvió en el suelo durante algunos segundos antes de morir.

—¿Crees que esto es un resto fósil? —pregunte a Julia.

—Todavía no. Tal vez el proceso de descomposición se prolongue durante algunos minutos. Pero te aseguro que en cuanto pasen cinco, tal vez diez minutos, será lo que el doctor Ferrys analizó. El profesor hizo otro tanto.

—Estás muy enterada, ¿verdad?

—Trabajé junto al profesor Coogan durante seis años. Y no fue sencillo. Puedes creerme.

—¿Cuándo comenzó esta locura?

—Hace unos pocos meses. Estábamos aproximándonos lentamente a la verdad, pero no fue sino hasta hace tres, tal vez

cuatro meses, cuando supimos lo que en realidad estaba ocurriendo.

—¿Qué es?

—Roban cerebros. Tal vez sólo una parte del cerebro —dijo con naturalidad.

—¡¿Qué?!

—Lo que te he dicho. Por esa horrible fractura que has visto en la nuca de Rod, y que también ostentaba Coogan, les extraen el cerebro con un método especial. Sin sangre.

—Creo que voy a volverme loco —reconocí.

—Amigo mío, ése es un lujo que ni tú ni yo podemos permitimos. Creo que somos los únicos que estamos en condiciones de hacer algo.

—Tenemos científicos, ejércitos, expertos en armamento —dije, recitando con furia—. Esos cretinos que juegan con el destino del mundo amparados tras un botón rojo, debajo de un silo atómico, rodeados de maravillosos computadores, como dioses del neutrón, son ellos quienes deben hacerse cargo de esta... invasión demencial.

—No.

—No te comprendo.

—Estamos solos. Coogan y Ferrys no hacía más que participar a las autoridades de este tipo de hechos. ¿Sabes qué les respondía?

—No.

—Que se dejen de tonterías. Así de simple.

—Ferrys es una autoridad.

—Sí, lo es. Pero no tiene más que pruebas estadísticas.

—¿Y esto? —estallé, señalando aquella masa oscura y letal—. ¿Qué diablos crees que es esto?

—Consigue un alienígena y mátalo delante de los jefazos del Pentágono y la NASA, tal vez de ese modo se inclinarán a creer en lo que está ocurriendo.

—¿Y las muertes? Coogan y Roddy...

—Y muchos más. Hay desapariciones similares en varios puntos del planeta. Ese fue el origen de las investigaciones del profesor Coogan.

—¿Por qué?

—Un día desapareció un condiscípulo suyo y Coogan alcanzó a ver su aspecto. Luego el forense lo hizo desaparecer por mandato judicial.

—¿Crees que ellos lo ignoran?

—¿Quiénes son ellos? —preguntó, condescendiente.

—Los que hallaron los cadáveres de Coogan y de Martin —repliqué, furioso.

—Se están haciendo multitud de preguntas. Y es bueno. Pero no aceptarán teorías de ciencia ficción. Alejan a los curiosos de esas investigaciones porque son muertes extrañas y no desean sembrar el pánico. Se mueven según la lógica del poder. Y ahora, larguémonos de aquí. No tenemos mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Porque se están preparando. Roddy estaba seguro de ello.

—¿Preparando?

—Tienen una base en algún sitio próximo. Roddy estaba persuadido de que han montado un laboratorio en los Everglades.

—¿Para qué?

—Eso es lo que pensaba averiguar.

—No puedo creerlo —dije estúpidamente.

—¿Qué más necesitas? —se burló Julia, con un tono exasperado en la voz.

Recogió el aparato de radio, o lo que fuese y lo abrió. Adentro no había más que circuitos quemados.

Julia sonrió y me alargó aquel aparato.

—¿Qué es? —pregunté.

—Un arma. Una especie de láser. Construido con materiales terrestres y que se destruye en cuanto su portador sufre algún percance. Si lo llevamos a un radiotécnico dirá que es un buen aparato de radio que ha sido quemado por accidente. ¿Comprendes? Sea lo que fuere que estén buscando en la Tierra, conocen las reglas. No desean publicidad antes de tiempo.

—¿Por qué matan a la gente de ese modo tan estúpido? —pregunté.

Julia permaneció silenciosa durante algunos momentos.

—No lo sé —admitió.

Cogí la pala y enterré el perro y el amasijo oscuro en el médano.

Una sirena volvió a aullar por encima de la marejada y pensé que había todo un mundo allí fuera preocupado por la existencia cotidiana, por los titulares de los periódicos, por la psicopatía a que nos tiene acostumbrados el prójimo y, entretanto, una pesadilla demasiado brutal para ser comprendida, flotaba como una mortaja

por encima de nuestra gloriosa civilización.

—¿En qué piensas? —preguntó Julia mientras íbamos en busca de la *Vespa*.

—En todo lo que ha ocurrido. Parecemos personajes de un relato imposible.

—Y nuestra misión acaba de empezar, amigo mío.

Un minuto más tarde, mientras regresábamos a Miami por la carretera de la costa, me sentí como una miserable bacteria ingenua bajo el poderoso foco de un microscopio. Así de expuesto.

CAPÍTULO V

El conserje me entregó la llave y regresó al viejo musical que iluminaba la pantalla de su televisor.

—En mi época era un buen bailarín —me explicó con alegría, mientras se introducía en su caja de Pandora.

La investigación policial era notoria en cada rincón. Sin embargo, habían tenido la delicadeza de ordenar los papeles, libros, lápices, ropas y objetos tras la búsqueda inútil.

—Ven aquí —dijo Julia—, y apaga la luz.

Obedecí y entonces ella deslizó las pesadas cortinas que cubrían las ventanas del estudio.

Quitó la mesa y acercó dos sillas a la ventana. Luego, trabajando de prisa, sacó los prismáticos del estuche y buscó algo en la noche serena. Cuando lo halló me miró con excitación entregándome los gemelos.

—Es allí, en aquel edificio blanco. El que tiene el ático arbolado.

Cogí los prismáticos y enfoqué el sitio.

—¿Qué planta?

—Sexta.

Vi un ventanal abierto y un salón iluminado. Había dos sujetos sentados a una mesa y observando algo parecido a un jarrón de porcelana.

—Los tengo —dije.

—Están aguardando.

—Dime todo lo que sepas. Por favor.

—De acuerdo. Seré breve porque en realidad lo único importante es lo último que ha acontecido. Desde hace unos cuatro meses a esta

parte.

—De acuerdo.

—El profesor Coogan y yo comenzamos nuestras investigaciones hace bastante tiempo. Seis años. Él ya se mostraba interesado por los temas poco naturales, por llamarlos de algún modo, y yo me sentía atraída. No obstante, realmente comencé a estudiar la materia cuando Coogan fue a dar una conferencia a Nueva York. Le fui a ver cuando terminó la charla y me propuso trabajar con él. Yo era licenciada en filosofía y no tenía ningún trabajo apetecible a la vista, de modo que acepté. Si al principio fue sólo entusiasmo, al cabo de unas pocas semanas se convirtió en fascinación. Coogan era un científico y no descansaba. Era un solitario porque debía soportar la desconfianza del público, el escepticismo de muchos científicos y autoridades y la charlatanería de esa pléyade de iluminados que sólo buscan ganar algunos dólares con facilidad. Hicimos infinidad de viajes hasta que ocurrió algo significativo. Comenzaron las desapariciones y Coogan les halló una cierta relación. Todas ocurrían dentro de un área determinada y en sitios donde podía resultar sencillo ocultarse. No me refiero a ciudades, sino a áreas naturales: las Montañas Rocosas, los bosques canadienses y ahora aquí, en las proximidades de los Everglades.

—¿Cuál fue ese dato significativo?

—Alguien comenzó a seguirle

—¿Quién?

—En un principio supuso que se tratada de alguien vinculado a la policía. Habíamos estado haciendo demasiadas preguntas y algunas personas suelen enfadarse.

—Entiendo.

Yo era periodista y conocía muchos sujetos cuya reticencia suele convertirse rápidamente en ira y, más tarde, en una denuncia discreta.

—Un día, el profesor reconoció al tipo.

—¿Lo reconoció?

—Exacto.

—¿Y entonces?

—Entonces yo le seguí y descubrí que vivía allí, en ese edificio blanco.

—¡Por todos los diablos!

—Entonces fue cuando alquiló este piso, para poder vigilar sus movimientos. Desde ese momento no volvió a salir a la calle hasta... el día del accidente.

—¿Qué accidente?

—Íbamos en coche por la carretera que flanquea el mar, en dirección a Key Largo. Era de noche y la carretera estaba desierta, aunque había una luna espléndida. Descubrimos que alguien nos seguía y, para asegurarnos, le dejamos pasar delante. Un automóvil nos adelantó y entonces se produjo el accidente. Nos detuvimos un instante después que nuestro perseguidor se estrellara contra una gran roca tras perder el control de su vehículo. Vimos estupefactos cómo se convertía en esa masa negra y corrosiva, igual que esta noche.

—¿Qué ocurrió luego?

—El profesor envió un trozo al doctor Ferrys con el resultado que te expliqué antes. Regresamos al piso y observamos los movimientos del resto del grupo. Había dos, de los cuatro restantes, que venían una vez a la semana y entonces podíamos verles. El resto del tiempo la ventana permanecía cerrada. Una tarde, el profesor decidió salir... y ya no regresó. Roddy se había puesto en contacto con nosotros y decidió venir a vivir aquí y tomar el puesto dejado por Coogan. El resto ya lo conoces.

—¿Por qué pensabais que se acercaba una fecha importante?

—Porque Roddy tuvo una idea sencilla y estúpida, pero eficaz.

—¿Qué clase de idea fue ésa?

—Averiguó hasta cuándo tenían arrendado el piso y el contrato vence este mes.

—Aún faltan un par de semanas —dije.

—Sí, pero es posible que se acerque un momento crucial. Han eliminado a Coogan y a Rod.

—Les han quitado el cerebro —dije.

—A ellos y a un porcentaje considerable del número de desaparecidos en los Everglades, supongo.

—Es sólo una suposición.

—De todos modos no podemos perderles de vista. En cuanto abandonen el piso les seguiremos —dijo con seguridad.

—¿Y qué haremos?

—No lo sé.

—Tú y yo contra la invasión de los extraterrestres —dije y no pude controlar un tono burlón.

—Roddy está muerto y has visto a ese ser repugnante convertirse en escoria corrosiva. ¿Qué más necesita tu mente analítica para abandonar los comentarios sarcásticos?

Tenía razón y se lo dije.

—Lo siento. Estoy algo nervioso. Todo este asunto ha sido demasiado repentino y…

—¿Qué ocurre?

—Alguien ha entrado en el piso —dije, apretando todavía más los prismáticos contra las órbitas doloridas de mis ojos.

Dos sujetos se sentaron a la mesa y permanecieron en silencio, observando aquel jarrón.

—Echa un vistazo tú misma —dije, entregándole los gemelos.

Miró durante algún tiempo.

—¿Y si es esta noche? —susurró.

—¿Qué quieres decir?

—Que es posible que esta misma noche se larguen de aquí.

—Les seguiremos.

—¿En la *Vespa*?

—Desde luego. Tengo el depósito lleno y no pueden ir demasiado lejos. Aun cuando decidieran ir hasta Tampa sólo hay 270 millas y deberían atravesar los Everglades y el Parque Nacional.

Se estremeció.

Le arrebaté los prismáticos y miré hacia el piso lejano. Los cuatro sujetos se pusieron de pie y un minuto más tarde la luz se apagaba y desaparecían de la vista.

—¡Vamos! —dije—. Coge la mochila con los víveres.

Me eché la escopeta con la funda a la espalda y cerré la cazadora encima del cinturón con la cartuchera que guardaba la pistola del 45.

Descendimos y cruzamos el vestíbulo desierto. Desde la guarida del conserje nos llegaron los zapateos de Gene Kelly; el hombre no salió a despedirnos.

Saltamos encima de la *Vespa* y nos apresuramos en cubrir la distancia que nos separaba del edificio de aquellos sujetos.

Detuve el *scooter* entre unos árboles y aguardamos.

—¿Crees que ya se han ido? —preguntó Julia.

—No, no lo creo.

—¿Qué haremos si los perdemos?

—Esa, muchacha, es una pregunta que no puedo responder —dije, con la duda interior de si no sería mejor que les perdiéramos en vez de meternos de bruces en una situación demasiado compleja para una pareja como nosotros.

Pero no se habían marchado todavía. Aparecieron por la explanada que llevaba al aparcamiento subterráneo. Eran cuatro y contaban con un *Jeep* todo terreno.

—¡Allí están! —dije a la muchacha.

—Deja que se alejen... —sugirió.

—Soy experto en seguimientos, princesa. Y también en supervivencia.

—Tal vez a esas cualidades tuyas se refería Roddy cuando decía que eras más indicado que él para llevar a cabo esta... aventura.

Puse en marcha la *Vespa* y nos lanzamos tras ellos.

Al cabo de unos pocos kilómetros torcieron por un camino secundario en dirección noroeste y tuvieron que reducir la velocidad.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó Julia, apretandose se más contra mi espalda.

Iba sumido en una serie caleidoscópica de disparatadas reflexiones y la súbita sensación de sus pechos endurecidos contra mi cuerpo me sorprendieron hasta el punto de desear detener el scooter y sentirla desnuda. Totalmente desnuda.

Sonreí para mí mismo y para la noche. Hay una relación íntima entre el miedo a lo desconocido, el temor a la muerte, y la urgencia vital del sexo.

—No lo sé —repliqué—, están internándose en los Everglades.

—¿Conoces esta región?

—Perfectamente. No te preocupes. He nacido en Key West y me he pasado la vida explorando los pantanos, cazando y pescando.

Se apretó todavía más y volví a sonreír. Era estúpido, pero experimentaba la sensación de ser un héroe de la antigüedad impresionando a la dama de las praderas.

Un sonido prolongado, grave y recurrente, precedido por un chispazo distante anunció la proximidad de la tormenta.

—¿Qué ha sido eso?

—Un trueno. Lloverá y les resultará imposible vernos.

Había apagado el foco de la *Vespa* y me guiaba solamente por el

par de luces rojas de posición del jeep y el reflejo provisorio de la luna.

—Necesitaremos equipo —dije, maldiciendo nuestra imprevisión.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar que se detengan en las proximidades de alguna gasolinera. Allí suelen tener botas y equipo para los pescadores improvisados.

—Tengo miedo —dijo.

Extrañamente, yo no sentía temor alguno. Era el paladín de la supervivencia terráquea frente a la desconocida amenaza alienígena. De alguna manera, aunque parezca verdaderamente absurdo, en el fondo de mi cerebro escéptico no podía tomar en serio mi papel.

Se detuvieron cuando el depósito del *scooter* lamía las últimas gotas.

La gasolinera era una mezcla de estación de servicio en pésimo estado, depósito de chatarra y almacén de ramos generales que, vista desde el exterior, dejaba mucho que desear.

Un viejo seco y alto, embutido dentro de un mono muy gastado, con la nariz como el pico de un hurón se aproximó al *jeep*. Julia y yo permanecimos ocultos entre los manglares, aguardando nuestra oportunidad.

—Les perderemos —dijo Julia.

—No. El camino continúa sin desvíos durante más de treinta kilómetros.

—Pueden coger una de esas chalupas del pantano.

—No. Conozco la zona y no hay ningún embarcadero antes de cuarenta o más kilómetros.

—No quiero ser pesimista, Charles. Sin embargo, ellos son diferentes. Pueden tener recursos que ignoramos.

—Dime entonces por qué razón viajan en *jeep* y aparentan ser humanos.

No tuvo respuesta para esa pregunta.

En cuanto abandonaron la gasolinera nos apresuramos a llegar al surtidor.

—Buenas noches —dijo Julia al viejo.

El hombre se rascó un cabello gris e hirsuto y guiñó el ojo izquierdo antes de pasar una pipa de caña de un extremo al otro de la boca. Cuando habló lo hizo con un silbido y un fuerte acento

sureño.

—No será una buena noche, pequeña. No, no lo será. La lluvia llegará muy pronto. Os aconsejo regresar a la ciudad o buscar un buen refugio.

—Llene el depósito, abuelo —dije yo—, tenemos prisa. Iré dentro a recoger algunas cosas que necesitamos.

—Os lo he advertido, muchachos —dijo sonriente.

El almacén estaba bien provisto. Había prácticamente todo lo necesario para un safari por los Everglades.

Elegí ropas impermeables, botas de lluvia, cantimploras y una cuerda. Añadí algunos alimentos y una botella de whisky.

Julia entró en ese momento y me miró con preocupación.

—Tengo miedo —dijo.

—Todavía estamos a tiempo de dejarlo todo —propuse.

—Es demasiado tarde para abandonar. Y tú lo sabes. Charles.

Me gustaba el modo en que pronunciaba mi nombre

Se acercó a mí y la abracé con ternura. Cuando miré sus ojos comprendí que me sentía muy unido a ella y a esa inverosímil aventura que habíamos iniciado.

Entonces escuchamos el silbido.

—¡Dios Santo! —exclamó Julia, separándose de mí

—¿Qué ocurre?

—Ese sonido. ¡Son ellos!

Me maldije por haber confiado tanto en mi suerte, pero tengo buenos reflejos. Corrí hacia un armario y cogí una escopeta de doble cañón. Sólo me llevó un par de segundos cargarla y correr hacia la puerta del almacén.

El viejo aparecía sentado contra el surtidor, con la manguera entre las manos y la gasolina derramándose por el patio. Un hombre alto y de rostro duro, portando uno de aquellos aparatos semejantes a una radio portátil, observaba la puerta donde yo me hallaba.

Levantó el aparato y Julia lanzó un chillido.

Yo le disparé desde la cintura. Los dos cartuchos estallaron en su pecho y le arrojaron muy lejos.

—No te muevas —advertí a Julia.

—Tenemos que largarnos de este sitio. ¡Va a estallar!

Una lengua de fuego avanza hacia la *Vespa* y el surtidor de gasolina.

Corrimos hasta el *scooter* y lo alejé de aquel lago inflamable antes de encender el motor. A una veintena de metros le di al arranque y todavía tuvimos un minuto de tiempo antes de que la explosión iluminara un cielo oscuro y cargado de nubarrones, los manglares dorados por las llamas y, más allá, una bandada de patos salvajes asustados por la onda expansiva.

—¿Has visto al viejo? —preguntó Julia—. Estaba destrozado.

—Si.

—¡Ha sido horrible!

—Hemos de darnos prisa. Deben suponer que ese… sujeto ha acabado con nosotros.

Al cabo de unos minutos apagué el foco y divisé, a lo lejos, la doble señal de las luces rojas del jeep.

—Allí están, muchacha.

Se apretó contra mi espalda y sentí su respiración caliente en mi cuello.

Una lluvia torrencial se desplomó en ese momento impidiéndome toda visión del camino.

Detuve el *scooter* y saqué los trajes impermeables y las botas. Nos vestimos rápidamente.

—Ponte la mochila a la espalda. Si ocurre algo no quiero perder el equipo. Estaremos en inferioridad de condiciones sin él.

—Les hemos perdido —dijo Julia.

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hay un embarcadero muy cerca. Allí cogerán otro transporte y continuarán por los pantanos. Deseaban deshacerse de nosotros antes de abandonar el *jeep*.

—¿Por qué no hacerlo aquí entonces? ¿Por qué liquidar al viejo?

—Porque… no lo sé, pero tal vez estén por marcharse de este lugar.

—¿Marcharse?

—Eso es. Tal vez levanten el campamento. Pueden haber terminado con la misión que les trajo a Florida.

—¡Malditos sean!

—Y creo que sé a qué sitio se dirigen.

—Estás delirando.

—No. Ellos aplican una cierta lógica humana y es la única con la

que cuento. Ya lo comprobaremos. Ahora debemos continuar.

—¿Y si nos están aguardando?

—Tengo un plan —dije y arranqué bajo la cortina de agua torrencial, derrapando sobre el lodo y sintiendo el viento tibio contra el rostro.

Fue el lodo el que nos salvó.

El haz brillante y rojizo surgió repentinamente en la oscuridad y fue en el mismo instante cuando la rueda anterior se introdujo en un pozo, patinó en el lodo y nos arrojó a un costado.

Yo llevaba la escopeta de repetición colgada del hombro, apuntando hacia abajo y todo cuanto tuve que hacer fue meter un cartucho en la recámara y llevármela al rostro.

Pero no hice fuego.

Sentí la mano de Julia en mi hombro y, en seguida, el sonido de un motor muy particular. Yo conocía perfectamente aquel siseo de los grandes ventiladores posteriores de las barcas pantaneras.

—Creo que se han marchado —dijo Julia.

—No, no lo han hecho. Al menos, no todos.

Nos movimos sobre el barro como bagres, levantando la cabeza lo mínimo necesario para atisbar por entre el fusilamiento de la lluvia y las salpicaduras de lodo.

Y fue en ese instante, cuando procurábamos movernos hacia el linde del manglar, cuando el relámpago trajo un segundo de realidad a la noche impenetrable.

El alienígena estaba a quince metros, de pie bajo la lluvia, con el extraño aparato entre las manos y una expresión de absoluta indiferencia plasmada en un rostro ficticio.

Y tuve una idea.

—Voy a cogerle vivo —dije.

Julia apretó mi brazo hasta que las uñas se hundieron en mi carne a través del traje impermeable.

—¡No!

—Necesitamos saber qué se proponen y ésta es una oportunidad única. Está solo. Los otros se han marchado.

—Te matará y… nos matará a los dos. Tenemos que llegar al sitio de reunión. Allí está la solución…, créeme.

Un rayo rojizo incineró la maleza a un par de metros de distancia.

—Puede detectarnos. Tiene algún sistema que… —dijo Julia.

Vi cómo sacaba el 22 y apuntaba con las dos manos. Le arrebaté el arma y le indiqué que permaneciera en silencio.

Apoyé la escopeta en mi hombro y apunté hacia donde estaba el alienígena, ahora invisible bajo la tormenta, aguardando la aparición fugaz del próximo relámpago.

Cuando la breve luz hendió el cielo amarronado y vociferante, apreté el gatillo. El aparato-láser voló de las manos del tipo y corrí hacia él torpemente hundiéndome en el lodo hasta los tobillos. Le alcancé con un *tackle* de buen estilo y rodamos bajo la lluvia. Por fin conseguí sujetarle los brazos y llamé a Julia.

—¡Trae la linterna!

Julia iluminó el rostro del sujeto. Era el de un hombre corriente, uno de los cientos que habitan cualquier ciudad sin que nadie repare especialmente en él.

—Hemos de hablar —dije.

Me miró fríamente y noté una absoluta ausencia de energía en sus pupilas muy claras.

—¿Puedes comprenderme? Claro que puedes. Vives entre nosotros, ¿no es cierto?

—Es inútil —dijo con una voz exactamente igual a la del sujeto del *terrier* que había eliminado Julia.

—¿Dónde os dirigís? —pregunté.

—Es inútil —repitió.

Despedía un olor muy particular, no especialmente desagradable, pero sí un olor que me producía la impresión de hallarme ante un moribundo. Un olor a humedad, a enfermedad, a vejez y a muerte.

—¿Qué es lo que os proponéis? ¡Dímelo!

—Es inútil —dijo una vez más.

Me sentía impotente y enfurecido.

La voz del ser se hacía más débil y sus ojos vacíos parecían perder incluso el escaso brillo pálido que tenían hacía apenas unos minutos.

—Está muriéndose —dijo Julia.

—¿De dónde venís?

Y entonces ocurrió algo que no esperaba.

El alienígena sonrió. Fue una sonrisa humana, una sonrisa amarga, una sonrisa final.

—Sólo soy un cuerpo humano con un cerebro humano readaptado —dijo débilmente.

Le di la vuelta y observé el cuello y la nuca. Allí estaba. Una cicatriz blanquecina protegida por un filamento de metal. Cuando le coloqué nuevamente hacia arriba, había muerto.

Me aparté rápidamente y le miramos largo rato mientras se convertía en un amasijo corrosivo, oscuro y aterrorizador.

—¿Crees que…? —comenzó a preguntarme Julia.

—Sí, es posible que estén convirtiendo a algunos de esos hombres y mujeres desaparecidos en una especie de *zombies* programados.

—¿Programados para qué?

La miré con una expresión tan vacía como la mirada de aquel ser que acababa de destruirse. Una mirada sin respuesta.

CAPÍTULO VI

—Has dicho que creías saber a qué sitio se dirigen —dijo Julia.

—Sí, creo que lo sé.

—¿Y bien?

Levanté la *Vespa* y la llevé con esfuerzo hasta unos matorrales batidos por la lluvia, junto a una roca cubierta de musgo.

—Hemos de seguirles por el pantano, Julia.

—¿Adónde?

—Mira, los Everglades han sido utilizados muchas veces para entrenar fuerzas militares.

—¿Fuerzas militares?

—Exacto. Ofrece unas características ideales para que las fuerzas anticastristas, por ejemplo, pongan a punto sus conocimientos, inculcados por los rubios muchachos de la CIA, y procuren desestabilizar los regímenes que se oponen a nuestro sueño americano. ¿Lo entiendes ahora?

—Creo que sí.

—Bien. En varias ocasiones vine a los Everglades a cazar serpientes para un amigo y me encontré con algunos pasos vedados. La explicación era siempre la misma: zona militarizada, prohibido el paso.

La cogí del brazo y caminamos con precaución, por un costado del camino, en dirección al embarcadero.

—¿Era cerca de aquí? —preguntó.

—Sí. Y luego, cuando se trasladaron de esta área, dejaron una base a unas dos horas de navegación muy difícil y tortuosa. Es el sitio ideal para instalar un refugio porque es muy complicado llegar por el pantano y no se detecta desde el aire. Es un islote alargado, cubierto de vegetación y altos árboles enredados. He estado varias veces allí, e incluso he pasado una noche.

—¿Por qué estás tan seguro que se dirigen allí?

—Porque no hay un sitio mejor.

—Ellos pueden tener recursos que nosotros ignoramos.

—Hasta ahora no parecen emplear recursos extraños, como no sea ese aparato de rayos láser y el operativo de descerebración.

—¿Te parece poco? —había en su tono más tristeza que

recriminación y me conmovió la infinita soledad que destilaban sus palabras.

La atraje contra mi pecho, aparté los cabellos mojados de su rostro y la besé con fuerza en los labios.

—¿Por qué has hecho esto?

—Porque no tenemos tiempo que perder y no deseo dar la espalda a mis impulsos vitales —repliqué bromeando.

—¿Qué haremos ahora?

—Aguardar a que amanezca —dije.

—Entonces puede ser demasiado tarde —se quejó.

—Es posible, pero creo que ellos cuentan con algún dispositivo que les permite guiarse perfectamente en la oscuridad y nosotros sólo tenemos mi experiencia en la zona. Yo necesito ver para guiarme. Jamás llegaríamos a ese lugar de noche y con esta tormenta. Hay cien peligros diferentes... cocodrilos, serpientes, insectos... Confía en mí.

Me abrazó y permanecimos muy quietos bajo la lluvia que comenzaba a remitir.

El pequeño embarcadero no era más que un muelle de madera de unos veinte, tal vez treinta metros, que servía de amarradero a las barcas pantaneras, con los grandes ventiladores en la grupa y el casco plano. Los propietarios de algunas fincas poseían sus propios amarraderos y solían organizar excursiones de caza en busca de algunos venados; en el sitio en que nos hallábamos, sin embargo, sólo había dos o tres motoras pantaneras cuyo aspecto decía a las claras del precario estado económico de sus propietarios.

En el extremo del muelle, paralelo a la orilla del pantano, y con una anchura de tres o cuatro metros, se alzaba la cabaña de troncos que servía de almacén.

—Aguarda un instante y ten preparado el revólver. Echaré un vistazo a la pequeña barraca. No quiero sorpresas. Dame la linterna.

Me acerqué a la puerta desvencijada escuchando el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado de zinc. Abrí la puerta y apunté con la escopeta hacia un interior sucio, húmedo y lleno de trastos viejos. Allí, hasta las arañas eran anfibias.

Hice señas a Julia y se acercó de prisa.

—Todo en orden. Pasaremos la noche en la barraca. Será mejor que comamos algo y durmamos un poco.

Mientras ella preparaba unos emparedados yo procuré arreglar aquella habitación para dormir sin tener que aspirar el polvillo acumulado.

Nos sentamos en el suelo, sobre unas bolsas de arpillera vacías, y comimos en silencio. Hacía calor dentro de la barraca y podía sentir el sudor corriendo debajo del traje impermeable.

Me quité el traje y Julia me imitó. Luego saqué la botella de whisky y serví un par de tragos.

—¿Sabes? —dijo Julia—, siento que estamos llegando al final de una historia imprevisible. Y lamento que Coogan no esté aquí para ver de qué se trata.

—Roddy tampoco podrá ver el final.

—Es cierto —dijo, y entonces hizo algo que yo no esperaba.

Se puso de pie, me sonrió con un candor que casi no pude reconocer y se quitó las ropas húmedas hasta quedar vestida solamente con un bikini de punto que resaltaba su cuerpo perfecto.

Permaneció de pie, mirándome, expectante. No había un reclamo estrictamente sensual en ella, sino un mensaje cálido, seductor, inmensamente emocionante.

Me quité mis ropas y la abracé. En un instante recobramos esa condición vital que imprime la sexualidad creciente a la sangre dispuesta y nos anudamos con un ansia frenética, de pie, apretados contra la pared mohosa de la barraca, alimentándonos de un aliento compartido y cada vez más inflamado.

No éramos los perseguidores solitarios de una misión imposible, sino, y simplemente, un hombre y una mujer en busca del único paraíso posible.

* * *

Encendí un cigarrillo y la observé dormir a la luz naciente y precaria de un sol disfrazado por las nubes. El sucio cristal del único ventanuco de la barraca aparecía amarillento y emponzoñado. Tragué una profunda bocanada de humo y pasé una mano por los pechos desnudos de Julia.

Se removió sumergida en el sueño y me dije una vez más que el hombre tiene una capacidad inaudita para adaptarse a la locura,

cualquiera sea su diseño y sus perspectivas.

Me vestí procurando no despertarla y salí al exterior. Una bruma blanca y pegajosa flotaba encima del agua y los tallos acuáticos sobresalían como periscopios blandos y arracimados.

Recorrí el muelle inspeccionando las tres motoras de hélice aérea. Las conocía bien, porque sus dueños habían compartido conmigo alguna expedición por los Everglades.

Elegí la que sabía era la mejor y comprobé el estado del motor. Regresé a la cabaña y el espectáculo de Julia dormida y semidesnuda me trepó por la piel como una marejada.

La besé en los labios.

—Despierta, es hora de marcharnos —dije.

Me abrazó, sonrió y buscó mis labios.

—Buenos días, amor —dijo, y la palabra sonó tan entrañable que me sentí nuevamente como un adolescente enfrentado al misterio más apasionante de la aventura de vivir.

—Vístete, aunque sea un pecado —bromeé, mientras le alcanzaba la ropa y revisaba el equipo.

Cuando hube dispuesto las dos mochilas y comprobado la carga de las armas, fui hasta un extremo de la barraca, aparté unas tablas y extraje un bidón de gasolina.

Julia me miró incrédula.

—Hay muchas cosas que no conoces de mí, muñeca. Es gasolina de reserva para los que conocen este amarradero y dejan aquí sus barcas.

Salimos a la bruma maloliente y ajusté el bidón a la barca, bombeé un poco de gasolina, aguardé un par de minutos y puse en marcha el motor.

Arrancó inmediatamente.

—Siéntate y ten el arma dispuesta. No será un paseo de placer.

Avanzamos lentamente, abriendo la bruma en la proa para que volviera a cerrarse a popa, como una mortaja extendida y pegajosa, imposible de superar.

—¿Cómo puede alguien vivir en un sitio así? —pensó Julia en voz alta.

—Hay gentes que no pueden elegir dónde vivir, muchacha. Sin embargo este clima es ideal para los alienígenas y, en este caso, también para nosotros.

—¿Por qué?

—Porque no podrán detectarnos con facilidad y, además, los ruidos se atenúan con la humedad y el follaje.

Algún animal saltó desde una rama al agua y el ruido que produjo sobresaltó a Julia que se revolvió en la barca.

—Tranquilízate, sólo ha sido un escuerzo.

—Estoy nerviosa, no me gustan las ciénagas.

—Procura estar alerta, estamos acercándonos a un canal.

Súbitamente, la bruma desapareció y salimos al canal. Una vía de agua rápida y algo más profunda.

Cogí la escopeta de repetición con la mano derecha, mientras guiaba la barca con la izquierda, muy lentamente. Nos deslizábamos con serenidad, resbalando por encima de la superficie quieta y prácticamente sin más sonidos que el zumbido persistente del motor.

Al cabo de unos tres kilómetros la bruma volvió a posarse sobre el agua a unos quince metros por delante nuestro y vimos la proa de una barca que surgía de la nube pálida.

Con un fuerte tirón del timón nos dirigimos hacia la derecha y entramos raudamente en un bosque de cañas verdes y flexibles. Detuve el motor indiqué a Julia que permaneciera en silencio.

La otra barca se acercó por el canal. Dos hombres iban en ella, de pie y portando aquellos aparatos-láser que habían destrozado al viejo de la gasolinera.

Uno de los tipos era alto y el otro bajo, pero ambos estaban muy delgados y llevaban gafas oscuras de diseño poco común.

Repentinamente, detuvieron la barca y permanecieron muy quietos, observando minuciosamente a su alrededor.

La mano de Julia se cerró en mi brazo y comprendí que estaba aterrorizada.

—Creo que las gafas tienen algún dispositivo de búsqueda muy especial. Están rastreando las inmediaciones —murmuré junto a su oído.

—¿Nos buscarán a nosotros? ¿Crees que saben que estamos aquí?

—No lo sé.

Y entonces fijaron sus rostros en el bosquecillo de cañas verdes donde estábamos ocultos y comprendí que nos habían encontrado.

Disparé tres cartuchos hacia ellos y los perdigones barrieron la cubierta de la barca, alcanzándolos en todo el cuerpo. Pero estaban

demasiado lejos para que los disparos resultaran mortales.

—¡Al agua! —grité a Julia, empujándola sin ningún reparo.

Cayó de costado, junto al ventilador de propulsión, mientras yo la seguía sosteniendo la escopeta fuera del agua. La profundidad sólo alcanzaba a los cuarenta o cincuenta centímetros, pero nuestros pies se hundieron en el fondo blando hasta las rodillas.

Julia lanzó un grito de terror y un haz rojizo quemó las cañas y pasó a nuestro lado como un péndulo mortal.

La cogí por los hombros y la sacudí con violencia.

—¡Sumérgete! —rugí junto a su rostro.

Me miró estupefacta, pero me obedeció y desapareció bajo la superficie.

Me alejé lentamente hacia la popa de nuestra barca en el momento en que el láser destrozaba el ventilador y convertía el motor en un estallido de chispas y cortocircuitos.

Todo cuanto deseaba era una mínima oportunidad.

Saqué la pistola 45 y rogué porque el agua no hubiese dañado su mecanismo. Colgué la escopeta de mi hombro, con los cañones hacia arriba, fuera del pantano, y sostuve la 45 con las dos manos, apuntando en dirección al sitio por donde debían aparecer los alienígenas.

Nuestra barca comenzó a alejarse a través de la brecha abierta por el láser entre las cañas y yo busqué refugio junto a un tronco cubierto de hongos parásitos.

La barca apareció delante mío y vi perfectamente a los dos tipos.

Apreté el gatillo y el primer proyectil entró en uno de ellos a la altura del esternón y lo arrojó con fuerza contra el ventilador de la barca. Un brazo del tipo quedó atrapado entre las aspas y fue convertido en una llovizna de carne pulverizada, pero ninguna sangre brotó de él.

Julia emergió a mi lado, buscando algo de oxígeno para sus pulmones y yo disparé contra el segundo ser en el momento en que su láser, atraído por la súbita aparición de Julia, impactaba en la muchacha.

Mis dos disparos fueron ahogados por el alarido de dolor de Julia y mientras el alienígena caía en el pantano con la cabeza destrozada, me volví hacia ella para impedir que se ahogara.

Tenía el rostro pálido, un hombro humeante y se hallaba bajo el

efecto del shock.

No tenía tiempo que perder, de modo que la arrastré hasta la barca de los alienígenas y la subí antes de impulsarme y sentarme a su lado.

Junto a la hélice-ventilador yacía el montículo ennegrecido del alienígena muerto.

Abrí la mochila y saqué la caja impermeabilizada de primeros auxilios. Limpié la herida y la desinfecté con sulfa, luego la vendé y cubrí con una cinta adhesiva.

—¿Cómo te encuentras?

No me respondió. Miraba fijamente detrás mío, con los ojos muy abiertos y un rictus horrible en el rostro.

Me volví en busca del motivo de su horror, pero sólo vi la bruma amortajada y la vegetación exuberante del pantano. Entonces la abofeteé varias veces. Julia lanzó un gemido doloroso, se abrazó a mi cuerpo y comenzó a sollozar convulsivamente.

Aguardé algunos minutos a que se calmara y luego le apliqué una inyección analgésica.

Bebimos un trago de whisky y luego, con mucho esfuerzo, arrojé al agua los restos fosilizados del ente.

—Tenemos que continuar, Julia.

—Sí, lo sé.

—¿Cómo te sientes?

—Ya no me duele, pero creí que me arrancaba el brazo.

—No ha sido nada, afortunadamente.

—Coogan creó uno de esos aparatos láser con la base del que recogimos el día del accidente, cuando descubrió que su perseguidor era un alienígena. Dijo que la fuente de energía de *ellos* era infinitamente más poderosa que cualquier otra que él pudiese conocer para un aparato de esas dimensiones.

—Sí, he visto de qué modo incendiaron el bosquecillo de cañas.

—Estoy aterrorizada —dijo entonces—. Creo que estar en el pantano no me ayuda. Yo… creí que podía resistirlo en la ciudad, mientras tuviese algún elemento cotidiano con el cual aferrarme a la realidad, pero esto… —y señaló la pesada opresión del pantano—, es demasiado para mí.

—No temas, conozco el pantano.

—Lo sé, pero…

—Escucha, Julia, no nos sirve de nada la paranoia. Tenemos que llegar a la base y acabar con ellos. Y, si es posible, averiguar qué demonios buscan. Hasta ahora...

Me interrumpí porque había tenido una idea espontánea que me sorprendió a mí mismo.

—¿Sí?

—Hasta ahora —repetí—, sólo nos hemos topado con... esos seres readaptados. ¿Entiendes?

—¿Qué quieres decir?

—Qué todavía no hemos visto a un solo alienígena.

—Pero...

Le di tiempo a que metabolizara la idea y, entretanto, guie la motora hacia el canal para reemprender la marcha hacia la base abandonada.

—Son hombres descerebrados, prácticamente muertos, a quienes han adecuado otro cerebro. No sangran, no presentan emociones, son cadáveres activados por algún mecanismo que desconocemos. El filamento de metal que tenía en la nuca aquel con quien hablamos... ¿recuerdas?

—Sí.

—Pues bien, creo que es el adminículo que les guía pero no son alienígenas, son seres humanos robotizados.

—¡Santo Dios!

La bruma se comenzó a levantar y permitió una visibilidad más amplia. Navegábamos por una fractura, un pasadizo de tres metros de altura, limitado abajo por la superficie del pantano y arriba por la cobertura blanca de una niebla espesa como un cielorraso estucado.

—La isla con la base —dije—, se encuentra muy cerca, una media hora de navegación.

Julia se estremeció, pero sostuvo con firmeza su revólver del calibre 22 y apretó la mandíbula con gesto decidido.

CAPÍTULO VII

La última media hora sería la más ardua. El canal desaparecía bajo una techumbre vegetal envuelta en una nube de mosquitos, asida a los troncos resbaladizos que se afirmaban a las estrechas lenguas de tierra.

El aire se hacía más caliente y más pesado y el hedor, en ocasiones, resultaba irrespirable. Los latigazos de las ramas podían acabar con la paciencia del más entrenado y Julia no estaba, ni mucho menos, habituada a un paseo de aquella índole.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

Tenía el rostro pálido y los cabellos húmedos pegados a la piel como hebras de lana opaca. Sus ojos ardían bajo las cejas bien delineadas y exhibía los labios prietos, resistiéndose a la tentación de dejarse llevar por la náusea, el temor y el desaliento.

—Puedo resistirlo —dijo.

—Hay un buen trecho todavía y debes estar atenta a las ramas bajas. Puede haber serpientes.

No deseaba alarmarla más de lo necesario, pero conozco anécdotas suficientemente aleccionadoras: hombres que han salido de caza y que no se han percatado que uno de ellos ha muerto hasta que no atracan la barca al llegar a destino. El pantano exige mucha concentración y el timonel no puede ocuparse, además, de controlar que su compañero no sea asaltado por alguna criatura ponzoñosa.

—Es inexplicable cómo se puede penetrar tanto en este infierno —murmuró Julia.

La motora parecía enfrentarse con una muralla impenetrable y, repentinamente, se abría y permitía el acceso a un espejo de agua que, un instante antes era invisible.

Lo primero que detecté, cuando mis cálculos indicaron que nos hallábamos muy próximos a la base, fue el olor.

—¿Hueles?

—Sí, son ellos. ¿Qué haremos ahora? —preguntó Julia.

—Será mejor dejar la motora.

Desconecté el motor y cerré el paso de la gasolina.

—Tenemos que continuar por el pantano, andando —dije.

No replicó.

Saltó al agua y se hundió hasta la cintura.

El sol se filtraba con esfuerzo por la red de ramas anudadas y una ligera brisa movía las hojas cargadas de lluvia produciendo un lento y continuo chaparrón que resultaba enervante.

—Ahora, quédate detrás mío y mantente alerta. Es preferible conservar la calma y procurar llegar lo más cerca posible, pero si aparece alguno de ellos dispara sin dudarlo. ¿Has comprendido?

—Descuida.

La besé en las mejillas y comencé a andar, lentamente, en dirección a la base abandonada por un ejército irregular siempre dispuesto a desestabilizar al enemigo. Ahora, la base había caído en manos de otro ejército, igualmente nefasto, y cuya misión resultaba todavía desconocida.

Al cabo de diez minutos estábamos exhaustos y con las ropas cubiertas por un limo putrefacto y pegajoso como una baba multicolor.

Me volví y sonreí a Julia. Me devolvió la sonrisa pero fue sólo una mueca amable. Llevaba el revólver 22 fuera del agua y se movía como si a cada paso corriera peligro de ser devorada por un vampiro gigantesco y submarino.

Vi la lengua de tierra firme que recordaba perfectamente como el último obstáculo antes de acceder a la laguna que rodeaba la isla de la base y la señalé a Julia.

—Allí —dije—, ve hacia ese trozo de tierra firme y aguarda a que regrese. Quiero echar un vistazo a la isla de los alienígenas.

—No quiero quedarme sola.

—Haz lo que te digo, por favor.

Sostuvo un instante mi mirada y luego se dirigió lentamente hacia el lugar indicado.

Yo flanqueé un triángulo vegetal impenetrable y, con el agua hasta el pecho, llegué al linde de la laguna.

Vi la isla, vi una motora junto a un muelle precario y también, muy cerca unos de otros, a una docena de aquellos individuos delgados y cetrinos a los que adivinaba el filamento de control en la nuca.

Con infinito cuidado, procurando no hacer el menor ruido, di una vuelta completa a la isla. El paseo duró poco más de media hora y sentía las rodillas doloridas por el esfuerzo y los músculos de los

muslos resentidos y tensos.

Fue durante ese recorrido cuando observé el primer detalle verdaderamente insólito. Del centro del islote, allí donde yo sabía que se hallaba un edificio prefabricado, sobresalía una especie de alambre grueso y tenso que se elevaba verticalmente una decena de metros. En el extremo del cable había una esfera de poco más de dos metros de diámetro y de ella, como rayos de un platinado sol cibernético, brotaban infinidad de tallos de diferentes tamaños y grosores, semejantes a antenas de un ingenio espacial.

Durante un instante tuve la idea salvaje de que estaba en presencia de un laboratorio secreto del gobierno. Un sitio donde se experimentaba algún tipo novedoso de armamento demencial. Pero fue sólo durante un instante que la idea me fustigó como un alfange encendido dentro de mi cerebro, porque inmediatamente pensé que no tenía sentido desarrollar semejante proyecto en un sitio como los Everglades, contando para ello con tantos laboratorios mejor preparados y defendidos a lo largo y lo ancho del país.

La idea, sin embargo, me sirvió para comprender que ya nada podía sorprenderme en ese sujeto genial y homicida que es el hombre de nuestros días.

Y hubo algo más que me apartó de una reflexión tan poco útil, el alarido agudo y desesperado de Julia rebotando entre las hojas y los juncos como un sueño en estampida.

Estuve a punto de gritar, pero me contuve y avancé sin precauciones hacia la lengua de tierra donde la había dejado. Me hallaba a mitad de camino cuando comprobé que aquella esfera cubierta de antenas, o lo que fuera, se movía bajo los rayos tísicos del sol e imaginé que estaba buscándome.

Inmediatamente se detuvo, uno de los rayos metálicos se alargó un par de metros y su extremo bífido apuntó hacia mí. Me sumergí sosteniendo la escopeta fuera del agua y avancé unos metros. Fue un movimiento reflejo, pero cuando emergí para volver a respirar observé que el rayo metálico que me había señalado continuaba dirigido hacia el sitio en que me había sumergido.

Ahora, volvía a seguir mi pista, de modo que me sumergí otra vez y continué avanzando debajo del agua hasta donde me aguardaba Julia.

Sólo que ella ya no estaba allí.

Supuse que había huido ante la proximidad de uno de aquellos seres momificados, pero no la vi hasta que la motora de los alienígenas ronroneó junto al islote, encubierta por la maleza, y pude echar un vistazo a tres de los monstruos, de pie con sus armas láser y, recostada en el fondo de la barca, con los ojos muy abiertos, el cuerpo laxo y aparentemente ilesa, la figura entrañable de Julia.

Reprimí un grito y me sumergí nuevamente. No deseaba que el brazo de la esfera detectora revelara mi presencia. Pero era un poco tarde. Mientras estuve fuera del agua, observando a Julia y sus espeluznantes captores, había sido detectado y pude ver a cuatro de los *zombies* que venían a por mí vadeando al lago, con el agua al pecho y una expresión vacía y rígida.

Miré la barca que ya había llegado al islote y a dos de los *zombies* que alzaban a Julia y la conducían hacia al interior, hacia el habitáculo prefabricado.

Me llevé la escopeta al rostro y disparé sin cesar sobre los tres muñecos lamentables que venían en mi dirección. Uno de ellos, con el testuz destrozado, desapareció debajo, del agua y los otros dos, alcanzados tangencialmente, se detuvieron en medio del lago, como si algún perdigón les hubiese arrancado los filamentos de control.

No perdí el tiempo comprobando mi suposición, sino que regresé rápidamente hacia el sitio donde habíamos ocultado la barca. Subí a ella con esfuerzo y me quité las ropas pasadas por el cieno y la podredumbre. Cargué nuevamente la escopeta y puse un cargador entero en la pistola. Recogí los cartuchos y los proyectiles de reserva en un saco impermeable que sujeté a mi cintura y luego, con una fría serenidad, puse en marcha la hélice-ventilador.

Hacía diez minutos que había visto a Julia desaparecer entre la vegetación del islote y sabía que el tiempo operaba en mi contra.

Apreté las mandíbulas y di toda la fuerza al motor. La barca salió despedida hacia adelante y arremetió contra la vegetación parasitaria, húmeda y lechosa que obstruía el paso hacia el lago.

El casco plano superó unas breves lenguas de tierra y, finalmente, llegué al círculo cenagoso que rodeaba el islote.

Dos cosas ocuparon inmediatamente mi atención. La primera de ellas fue la pandilla de momias armadas que se reunía en la ribera, junto al estrecho muelle, y la otra, la esfera de detección que giraba encima del edificio, todavía invisible, como el ojo de la muerte.

Los *zombies* que había detenido en el lago, continuaban en el mismo sitio, inmóviles como estatuas antiguas. El casco de la barca les destrozó la cabeza en su camino relampagueante y yo, asido al timón, disparé desde la cintura contra la docena de tipos robotizados que comenzaban a prestarme atención por indicación de la esfera.

La andanada de cartuchos acabó con varios de ellos, pero no fue suficiente para evitar que los láseres buscaran mi cabalgadura acuática con espeluznante precisión.

Cuando la escopeta gatillo en falso me eché de bruces y los haces rojizos silbaron por encima de mi cabeza y destrozaron parte del maderamen y la estructura que protegía las aspas de la hélice aérea.

Levanté apenas el rostro y dirigí la motora directamente hacia ellos mientras extraía la 45.

La motora se encaramó sobre la lengua de tierra que había junto al muelle y se llevó por delante al grupo de seres como una guillotina de trazado horizontal. En el último instante, el rotor de la hélice se hizo pedazos y la lancha cambió súbitamente de dirección, deslizándose de costado contra una línea de fuertes juncos para clavarse de proa en el lago.

Salí despedido como un proyectil de circo y caí a varios metros de distancia, hecho un ovillo, sin soltar la 45 y protegiéndome el rostro con los brazos cruzados.

La imagen de Julia, cautiva de la pesadilla, ocupaba toda mi iniciativa. Me aferré de los hierbajos enraizados en el fondo fangoso del lago y contuve la respiración cuanto pude, procurando desplazarme por si el brazo detector de la esfera decidía que alguno de aquellos esbirros robotizados enviara su láser al sitio donde me había zambullido.

Saqué la cabeza entre unos juncos quebrados por la motora y vi solamente a un par de *zombies* armados con el dispositivo de rayos láser, atentos a la superficie del lago.

Me sumergí nuevamente y continué desplazándome hacia el muelle, pasé por debajo, entre los pilotes, y me alejé en busca de la posición que había previsto para disparar.

Saqué la cabeza del agua y miré a los dos individuos y también a la esfera de detección. Necesitaba hacer una comprobación y, por lo tanto, disparé cuatro veces a la esfera. Los balazos no parecieron afectar su estructura, sin embargo los *zombies* dejaron de moverse,

cayeron como marionetas al suelo y los cuerpos iniciaron la lenta y macabra transformación fosilizadora.

Entonces salí del lago y corrí hacia el edificio de la base impulsado por una creciente sensación de espanto.

CAPÍTULO VIII

Mientras me acercaba al edificio, que desde el exterior no parecía más que una vieja construcción abandonada, comprobé un hecho sorprendente: la esfera comenzó a perder sustancia, como si se replegara en sí misma y las células que componían su estructura se fagocitaran mutuamente, reduciéndola, esfumándola.

Una sensación terrible de pánico, de urgencia por huir de allí, como si me hallara en el borde de un embudo donde acababa la vida para transformarse en la nada, se apoderó de mí. Me detuve, anonadado y miré incrédulo la 45 que sostenía en la mano.

—¡Charles!

Fue el grito de Julia el que me apartó del estupor. Recorrí velozmente los últimos metros que me separaban del edificio y entré en él.

Nada más franquear la puerta el olor a enfermedad, vejez y muerte me asaltó como una marabunta de partículas invisibles y depredadoras.

El interior de la antigua base no se parecía a nada que yo hubiese visto con anterioridad.

Una luz dorada iluminaba la estancia que parecía obligada a converger en una zona central compuesta por varios cubos traslúcidos, semejantes a los juegos que utilizan los niños pequeños para armar figuras geométricas.

Julia estaba sentada en uno de los cubos, mirando fijamente hacia el centro difusor de la luz que, lentamente, descendió hasta situarse a mi altura y, entonces, la energía comenzó a decrecer y toda la habitación varió su forma, su color, su olor y su perspectiva en un juego de rayos espiralados que me produjeron un intenso mareo.

Apreté los ojos con fuerza, sostuve la pistola delante de mi rostro y me obligué a resistir aquella influencia estrictamente psicológica.

Cuando abrí los ojos, todavía incapaz de moverme para no perder nuevamente la noción del espacio, vi al hombre. O, al menos, lo que me pareció un hombre.

Estaba acuclillado sobre una butaca plana y opaca y me miraba fijamente. Me prometí que en cuanto experimentara la menor

alteración de mis sentidos vaciaría el cargador de la 45 en él. Pero no ocurrió nada alarmante. Todo lo contrario. La luz dorada dejó de jugar con sus propios efectos y una penumbra amable rodeó a aquel ser que, por fin, pude ver con claridad.

Tenía un rostro lampiño, grande y desproporcionado en relación con el resto del cuerpo. Los ojos eran los de un pez, abiertos, fijos y carentes de párpados. La nariz carecía de entidad y la boca era solamente una muesca arqueada en una sonrisa mercurial. Un cuello tan ancho como el rostro unía la cabeza a un tronco escueto, pálido y fláccido. Las piernas dobladas en la posición de un Buda famélico eran delgadas y lechosas. Los pies eran dos formas planas, redondeadas, muy finas y sin dedos. Sólo los brazos parecían contar con una cierta vitalidad y las manos, de dedos largos y fuertes, temblaban rítmicamente sobre sus escuálidas rodillas.

Me acerqué a Julia sin dejar de apuntarle y la obligué a ponerse en pie. Me miró durante un par de segundos hasta que sus pupilas consiguieron enfocarme.

—Ya estoy aquí —dije—, pasando un brazo por sus hombros.

—¿Charles?

—Tranquilízate, todo ha pasado.

Volvió el rostro y miró a aquel ser imposible. El cráneo aparecía enfundado en una suerte de caparazón o de prótesis brillante que se oscurecía cada vez más.

Sentí una necesidad imperiosa de largarme de allí, de alejarme cuanto antes, como si algo terrible estuviese a punto de ocurrir, pero no podía hacerlo sin conocer la verdad o, al menos, sin intentar conocerla.

—¿Tienes preguntas que hacerme? —dijo una voz similar a la que ya había escuchado en los sujetos descerebrados.

Miré al ser inmóvil. Sus labios continuaban prietos en la sonrisa mercurial, pero era él quien había hablado.

—¿Qué os proponéis? —pregunté.

—Hemos venido a realizar un ensayo.

Julia apretó mi brazo, pero no le presté atención.

—¿Con qué propósito?

—Ocuparnos de vosotros. Convertiros.

—¿De qué modo? ¿Quitándonos el cerebro y convirtiéndonos en autómatas?

—Es sólo la primera fase. Vosotros seréis civilizados y gozaréis de nuestra cultura y nuestro conocimiento. Antes, sin embargo, debéis ser convertidos.

Julia volvió a apretar mi brazo, pero me sentía demasiado atrapado por la fascinación de la escena y la ignoré.

La luminosidad de la prótesis que cubría su testuz decrecía cada vez con mayor rapidez y la voz del alienígena perdía su vigor, arrastrando las palabras con esfuerzo.

—¿Por qué dejasteis que hallaran los cuerpos descerebrados? De ese modo las autoridades pueden sospechar de una intervención extraterrestre.

La pregunta de Julia era la que yo llevaba en mi pensamiento.

—Todo es ensayo. Servirá para conocer vuestro gradiente de credibilidad y de desconfianza, vuestros recursos y vuestra capacidad de autodefensa ante lo ignoto.

Su tono era condescendiente y volví a sentir el impulso de salir a la carrera de allí.

Julia tiró de mi brazo y esta vez la miré con atención.

—Allí —dijo—, mira allí.

Vi una placa cuadriculada en la que destacaban una serie de puntos. La placa estaba aplicada sobre un mapa detallado de los Estados Unidos. Ella fue hasta el panel y cogió la placa.

Un gemido grave, enronquecido y profundo brotó de la garganta de aquel ser extranjero. Eché un vistazo en derredor y comprobé que la oscuridad aumentaba en el recinto. Vi, asimismo, media docena de aquellos bultos ennegrecidos y fosilizados que poco antes habían sido seres humanos robotizados.

—¡No lo conseguiréis! —grité, desafiante.

La mueca sonriente pareció ampliarse en la boca prieta del alienígena.

—Es principio de nuestro pueblo evaluar las posibilidades. No hemos hallado una oposición que nos resulte riesgosa —dijo guturalmente.

—Yo seré esa oposición —dije con serenidad—. Tú estás acabado y aquí comienzan los riesgos.

El cuerpo fláccido y lechoso pareció encogerse, perder dimensión, como si una fuerza extrema lo succionara desde el interior.

—Somos una raza mejor —dijo la voz lenta y grave, arrastrando

las vocales con un esfuerzo que hería los oídos.

—Sois asesinos —dijo Julia.

—Somos mejores y conocemos la verdad. Hemos de convertiros y entonces... —la voz se detuvo un instante, los ojos hallaron un último rescoldo de luz y el ser añadió—: seréis parte del Orden del Este.

Y fue en ese instante cuando comprendí a qué se debía la imperativa necesidad de huir de allí que había sentido desde el inicio. El alienígena estaba ganando tiempo. Tiempo. El tiempo necesario para que aquella base se autodestruyera, como se autodestruían los seres robotizados, los artefactos-láser, la esfera de detección y también como se estaba autodestruyendo él mismo.

Y su destrucción culminaría con la desintegración de la base y con nosotros dentro de ella.

Cogí a Julia de la mano y corrí hacia el exterior. Atravesamos la franja de tierra que nos separaba del lago pantanoso y nos lanzamos al agua furiosamente.

—¡Vamos, no te detengas! —aullé—. ¡Corre!

Corriendo, nadando, tropezando y cayendo, volviéndonos a levantar y saltando por encima del lodo, sorteando las franjas de tierra y lastimándonos con la vegetación agreste, nos alejamos del islote hasta que una explosión sorda, centrípeta, nos detuvo.

No hubo señales de fuego ni de polvo ni de agua expulsada por la onda expansiva.

La base, tal como yo había supuesto, se había destruido hacia el interior, como ocurría con cada uno de los eslabones que rodeaban a aquella raza colonizadora y prepotente.

—¡Es una pesadilla! —exclamó Julia.

—No, no lo es. Las pesadillas no acostumbran a tener lógica. Y esto que hemos vivido tiene un sentido tan siniestro que parece... humano.

Julia me miró con dolor. La besé en los labios y sonreí.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora me ayudarás a construir una pequeña balsa para regresar. Tienes que reponerte de esa herida.

—No es grave.

—No quiero una mujer lesionada a mi lado.

Sonrió y su sonrisa fue todo cuanto necesité para confiar en la guerra que adivinaba delante nuestro.

Cuando llegamos al muelle volvía a llover y la noche se cernía sobre los Everglades. Caminamos hasta el sitio donde habíamos dejado la *Vespa* y emprendimos el regreso por el mismo camino que habíamos utilizado antes.

Al pasar delante de la gasolinera vimos un coche policial.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté al oficial que comandaba la patrulla.

—Un maldito incendio. El viejo ha muerto calcinado. ¿Y ustedes? Parecen llegar del infierno.

—Tuvimos un percance en el pantano. Naufragamos.

—Será mejor que busquen refugio. Se avecina una gran tormenta.

—Sí, eso haremos oficial. Gracias.

Vestido solamente con el traje de baño y bajo una lluvia torrencial, atravesé la ciudad hasta mi casa. De tras mío, abrazada a mi cintura, Julia parecía formar parte de mi cuerpo.

Dejé la *Vespa* en el cobertizo y entramos en la casa. Una ducha tibia nos dejó como nuevos.

—Tiéndete. Echaré un vistazo a esa herida.

Cuando hube desinfectado y vendado su hombro encendí un cigarrillo y lo puse entre sus labios.

—No te muevas —ordené amistosamente.

Preparé un termo con café y varios emparedados. Añadí una botella de whisky y dos copas y con todo ello sobre una bandeja regresé al salón.

Afuera, la tormenta arrastraba los médanos y despedazaba las cumbres de las olas arboladas.

Comimos en silencio, mirando los relámpagos en el horizonte ennegrecido.

—Bebe —dije, ofreciéndole una copa de whisky—, tenemos que brindar por la victoria de la primera batalla.

Chocamos las copas y bebimos con deleite.

—¿Tienes un mapa de los Estados Unidos? —preguntó Julia.

—Sí.

—Tráelo, por favor.

Busqué un gran mapa y lo desplegué en el suelo. Julia se acuclilló, buscó la placa cuadriculada y la superpuso al mapa. Era algo más pequeña que el mapa, pero igual nos serviría.

—Me había olvidado de la placa —reconocí.

—Mira, esos puntos señalan aproximadamente tos sitios que Coogan había previsto como posibles centros de invasión… las Rocosas, los desiertos, los bosques…

Aparté el mapa y la placa y la abracé con fuerza.

—Cuando estés completamente curada, emprenderemos nuestra cruzada —dije, besándola suavemente en los labios—, pero ahora he pensado en otro tipo de aventura.

Se dejó caer hacia atrás arrastrándome consigo. En aquel instante ninguno de los dos estaba dispuesto a pensar en la guerra que acababa de iniciarse.

F I N





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.